

FOR SALE HERE: IMPRONTA

PUNTO

ROJO

trescientos mil dólares

SILVER KANE



COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 — El *sheriff* y las viejecitas.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.294 — La casa del fuego eterno.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
736 — Infierno: capital, Dodge City.
- En Colección KANSAS:
666 — Un buitre llamado Cox.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
761 — Mi querida difunta.
- En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
672 — La muerte color de lluvia.
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
293 — El extraño pistolero.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
78 — Mariposas negras.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.
- En Colección LA HUELLA:
36 — La muerte tiene un millón de ojos.

SILVER KANE

TRESCIENTOS MIL DOLARES

Colección **PUNTO ROJO** n.º 695

Publicación **semanal**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 24.809 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1975

© Silver Kane - 1975

texto

© Alberto Pujolar - 1975

cubierta

**Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975**

CAPÍTULO PRIMERO

La Operación Sur había comenzado.

La primera persona que se enteró de que las cosas eran así, fue Nadine Sassard, una dependienta de la elegante floristería La Ville, situada en lo mejor de la Avenue Wagram. Nadine Sassard tomó el ramo de flores a las 10.15, y a las 10.25 estaba muerta.

La segunda persona que se enteró, fue Benjamín Lacloche, un ex presidiario que estaba haciendo el amor en un hotel de la rue Lepic con una chica a la que había conocido la noche anterior. Se hallaba en lo más entretenido de tan delicada tarea, cuando llamaron a la puerta de su habitación, una puerta que parecía fuera a derrumbarse con un suspiro. Una voz desconocida, le advirtió:

—Lacloche, tiene que ser ahora.

Lacloche dejó de hacer el amor para dedicarse a una serie de cosas bien distintas. Lo primero que hizo, fue golpear salvajemente a la mujer, hasta dejarla sin sentido. Luego le robó todo su dinero, pues sabía que había ganado bastante con otros clientes el día antes. Por fin salió a aquel pasillo oscuro, ligeramente fétido, que durante más de cincuenta años había estado albergando tan solo pasiones secretas. Un letrero indicaba que la Casa no respondía de los objetos olvidados en las habitaciones, y otro aconsejaba que antes de llamar se tocara el timbre para avisar al camarero. Pero ni había camareros allí, ni el timbre funcionaba. No había funcionado nunca.

El hombre que había llamado a la puerta, repitió a Lacloche:

—Tiene que ser ahora.

—Ya te he oído bien. ¿Me vas a llevar tú?

—Claro que sí. ¿Qué han sido esos golpes que acabo de oír?

—Me he llevado el dinero que tenía esa zorra.

El hombre que estaba en el centro del pasillo le miró con profundo desprecio, como si estuviera examinando un gusano en el plato de su propia comida. Pero al fin se encogió de hombros, metió las manos en los bolsillos y se limitó a decir, cariñosamente, lo que hubiera dicho un excelente amigo:

—Hijo de mala madre.

Y se quedó tan tranquilo.

Luego salieron los dos.

Era el momento en que Nadine Sassard dejaba la floristería La Ville con un ramo de flores blancas que iba a servir para una novia. La dueña le había dicho, como era costumbre en esos casos:

—Toma un taxi. De lo contrario, puede que no llegues a tiempo.

El taxi estaba justo en la puerta, cuando ella salió. Había suerte. Cuando el conductor supo que iban al bulevar Saint Jacques, arrugó un poco el ceño.

—¡Hum...! Es uno de los sitios de peor tráfico —dijo—. En fin, la llevaré.

Los dos hombres que salían del hotelucho de la rue Lepic, Lacloche y el otro, encontraron también, en la puerta, el vehículo que había de transportarles. Como no podían exponerse a no encontrar aparcamiento, el compañero de Lacloche había obrado sobre seguro. Una potente «BMW» tipo R-75/6, con motor «Fiat» de cuatro tiempos, dos cilindros y 745 centímetros cúbicos, les aguardaba en la puerta. Aquel artefacto era capaz de desarrollar 175 kilómetros por hora y costaba nada menos que 17.000 francos.

—Sube.

Lacloche se situó en el sillín posterior. Su compañero puso en marcha la potente máquina y salieron disparados. Unos segundos después desembocaban en la Place du Tertre, en el corazón de Montmartre.

—Ni siquiera sé cómo te llamas —dijo Lacloche.

—Me llamo Sergeant.

Desembocaron en la rue Blanche y desde allí fueron a Pigalle. Sergeant conducía con la habilidad de un consumado piloto. Cuando estaban a la altura de la plaza más crapulosa de París, se volvió levemente para decir:

—Hay una bolsa a tu izquierda.

—Si. La toco con la pierna.

—Cuando llegue el momento, metes la mano en ella. La máquina está dentro. Luego ya sabes el sitio al que tienes que ir.

—Claro que lo sé... ¿Y no voy a encontrar ninguna chica, allí? Es que con la otra me he quedado en lo mejor...

Sergeant se limitó a repetir, con la voz cariñosa de siempre:

—Hijo de mala madre.

Quizá el otro no le oyó, pero si le oyó fue lo mismo. De pronto se encontraron subiendo por la rue de la Santé. Los muros de la prisión, casi negros a causa de los años, parecían llevar luto por todos los muertos que habían albergado en su interior.

En el cruce con Saint Jacques se detuvieron.

Sergeant miró su reloj.

La hora en punto.

Perfecto.

Vio venir al taxi.

—Ahora, Lacloche.

Lacloche introdujo la mano izquierda en la bolsa de cuero y rozó la tranquilizadora culata de madera de la «P-38». Notó, al peso, que el

cargador estaba completo. Notó también que se situaban detrás de un taxi.

En él solo viajaba una chica.

Una chica con un ramo de flores.

El conductor se detuvo ante una luz ámbar. No parecía estar precisamente muerto de ganas de llegar. Nadine Sassard dijo, con voz levemente angustiada:

—No se entretenga. Nos queda el tiempo justo...

En aquel momento ocurrió algo que no pudo comprender. O al menos no pudo comprenderlo del todo. La puerta de la izquierda se abrió de pronto, cuando aún estaban detenidos ante la luz cambiando a roja, al lado mismo de una potente moto. Un tipo a quién no había visto jamás, saltó del asiento posterior de aquella moto, y se colocó a su lado. Nadine fue a lanzar un grito.

Y es que había algo de repulsivo en la cara de Lacloche.

No se sabía bien lo que era.

Pero existía algo extraño en sus ojos, en su piel. Todo él daba la sensación de estar lleno de viscosidades.

El cañón de la «P-38» casi se metió en la boca de la chica.

Ella no pudo gritar.

El taxi, mientras tanto, había dado una rápida vuelta a la derecha. Se introdujo en un estrecho pasaje donde se leía: «Paso privado. Estacionamiento prohibido».

Todo había sido calculado al minuto.

El lugar, la sincronización, las direcciones de las calles...

El taxista apenas volvió la cabeza para decir:

—No tiene que reconocerte, Lacloche.

Lacloche sonrió turbiamente.

Dijo:

—Lástima.

La chica le gustaba.

Pero le disparó casi a la altura de los labios.

Nadine Sassard dio un terrible salto hacia atrás, mientras todo su cuerpo se doblaba y parecía ir a hundirse en la tapicería del «Citroën». No se oyó ni un estampido. De la espantosa brecha, empezó a brotar la sangre.

Lacloche repitió:

—Lástima...

—Que no se te manchen las flores, Lacloche.

El taxista apenas se había vuelto para decir aquello, mientras salían del pasaje. Otra rápida vuelta les llevó de nuevo al bulevar Saint Jacques. De la muchacha no se veía nada, porque estaba hecha un ovillo en el suelo del coche.

—Es allí.

—¿La casa adornada con flores?

—Sí.

El taxi se detuvo. Lacloche bajó de él, mientras componía su americana, su corbata, su aspecto exterior. Dejó la «Parabellum» en el taxi y bajó con un ramo de flores. Las huellas viscosas de su cara desaparecieron. Incluso, por unos segundos, logró sonreír como un buen chico.

Penetró en la escalera adornada con flores.

—¿La señorita Grenier?

—¡Ah! Es usted el de la floristería —dijo una especie de maestro de ceremonias que estaba en el portal—. Dese prisa. Un poco más, y el ramo no llega a tiempo.

—¿La novia me está esperando?

—¿Pues qué se creía?

—Perdone, ahora voy.

Subió al principal y vio el piso adornado con las mejores galas. Era un piso de los que aún quedan en París, señoriales y solemnes, hecho para gente que no tiene que mirar un metro cuadrado y que sabe vivir. Una muchacha preciosa, una rubia de apenas diecinueve años, estaba esperando allí. Lucía el vestido de novia más bonito que en su vida había visto Lacloche.

Claro que él solo había visto un vestido de novia.

Fue una boda en la cárcel.

Una furcia se casó, mediante permiso especial, con su macarra, dos días antes de que este fuera a la guillotina en la *habitación de los sueños eternos* de la Santé. Lacloche tuvo el honor de ser uno de los testigos de ambas importantes ceremonias.

La chica murmuró:

—Gracias a Dios que ha llegado. Es un ramo precioso...

—Hum...

Imaginaba a la chica sin el vestido. No podía evitarlo.

—Papá, dale una propina.

El hombre maduro que estaba a su lado, luciendo un chaqué impecable y mostrando en la solapa la roseta de la Legión de Honor, le dio diez francos. Lacloche hubiese debido conocerlo: Raymond Catroux, director general de Contratos Militares, ex ministro de Comunicaciones en uno de los gabinetes de De Gaulle, técnico en física nuclear y número uno de su promoción en la Escuela Politécnica. Pero Raymond Catroux no tenía ningún bar de tapadillo en la Porte de Saint Martin y ningún hotel de citas en Montmartre, de modo que Lacloche no le conocía.

—Gracias, *monsieur*.

Se largó.

Ahora sabía dónde tenía que ir, también.

Y debía darse prisa.

La misma moto le esperaba junto a la estación del Metro. Sergeant la conducía. Miró apenas a Lacloche.

—¿Todo bien?

—¡Pues claro! ¿O qué te creías?

—Te habrán dado propina y todo...

—Diez francos.

—Miserables hijos de zorra... Un ex ministro podía haberte dado más.

Ganaron velocidad mientras sorteaban los coches y se dirigían hacia la pequeña iglesia de la Charité. La Operación Sur estaba en su apogeo, pero hasta entonces no habían hecho nada que de verdad tuviera importancia. La muerte de Nadine Sassard era un detalle del que ninguno de los dos se acordaba ya.

Sergeant dijo:

—Allí. Segundo piso.

Lacloche se apeó. Fue entonces y solo entonces, cuando pareció acordarse de la boca destrozada de Nadine. Preguntó en voz baja:

—¿Qué ha sido de ella?

—Villiers la habrá dejado abandonada en cualquier sitio, dentro del taxi. En cualquier sitio donde no la encuentren antes de dos horas. ¿O es que no sabes que el taxi era robado, idiota?

Lacloche no contestó.

Miró el reloj.

Subió al segundo piso.

Las dos habitaciones formaban un estudio de pintor que estaba lleno de mugre. A su dueño debían haberle echado de allí por falta de pago, teniendo que dejar algunas de sus obras para compensar los gastos. Todos los cuadros representaban a la misma mujer desnuda que miraba al vacío.

El rifle con mira telescópica estaba en un rincón. Era un magnífico calibre 22 con balas blindadas y culata de tope flexible, que amortiguaba el retroceso. Lacloche lo examinó, mientras se acercaba a la ventana.

Desde allí se veía, en línea recta, la puerta de la iglesia de la Chanté. También la puerta estaba adornada con flores blancas. Una alfombra llegaba hasta la misma calzada, donde en aquel momento se estaba deteniendo un coche.

El asesino entornó los párpados.

Buen cacharro, aquel.

Un «Mercedes» seis cilindros.

Digno de un ex ministro como Raymond Catroux.

El orgulloso padre salía con la preciosa novia. Lacloche vio que entraban en el templo. Una especie de velo de silencio se cerró sobre los

dos.

Esperó, con los dientes apretados.

No le costaba ningún trabajo imaginar la escena.

Y, en efecto, ocurría lo que estaba imaginando. Minuto a minuto.

Catroux se acercaba con su hija.

Sonaban las notas nupciales de Mendelssohn.

Más allá, junto al altar, al término de la alfombra roja, estaba Philippe Clay, el que dentro de unos minutos se iba a convertir en el yerno de Catroux. Estaban también los invitados, elegidos todos entre la mejor sociedad parisiense. Estaban varios directores generales, ministros, altos militares, banqueros, miembros de la Asamblea Nacional, periodistas mundanos, embajadores extranjeros, damas que conservaban intacta toda su virtud y damiselas que de su virtud solo conservaban una parte. A aquello podía llamársele el *tout París*. Las máquinas de los fotógrafos se encargarían de inmortalizar las escenas culminantes, en las páginas de *París Match*, aunque fuera a base de tarifa publicitaria. ¿Qué le importaban a Catroux unos cuantos miles de francos? Pagaría lo que fuese por darle brillo a la boda de su hija.

En aquel momento era el padre más feliz de la tierra. Y murió siéndolo.

No todo el mundo tiene esa suerte.

No se dio cuenta de nada.

Cuando la bomba que iba en el ramo de flores de su hija estalló, él estaba sonriendo. Así le inmortalizaron algunas de las fotos: con la postrera sonrisa en la boca. Cuando la carga de schneiderita, capaz de pulverizar a varias personas, entró en ignición, él fue uno de los dos seres humanos que no se enteraron de nada. El otro ser humano fue su hija Germaine. La carga los pulverizó. Al estallar con un minuto de adelanto, porque el aparato de relojería no era lo perfecto que debió haber sido, se evitó la mortandad que estaba prevista. Philippe Clay debió haber muerto y vivió. Un par de embajadores debieron haber muerto y vivieron. El capellán que había de officiar la ceremonia debió ir al cielo en línea recta y de momento no fue. Pero de Germaine y su padre no quedó nada. El hermoso vestido blanco se fragmentó en mil pedazos. La sangre saltó hasta las primeras filas. La iglesia se llenó de gritos y de horror, se impregnó de muerte. Unas gotas rojas llegaron hasta el mismo ángulo del altar. Mancharon siniestramente el blanco de la bandera francesa.

CAPÍTULO II

Lacloche oyó perfectamente la explosión.

Miró su reloj.

La hora exacta. Bueno, casi exacta.

La Operación Sur estaba en todo su apogeo.

Ahora le tocaba de verdad a él.

Vio que la gente salía despavorida de la iglesia. Los invitados, ciegos de horror, corrían en todas direcciones. Había allí banqueros, ex ministros, diputados, embajadores...

Lacloche recordó las órdenes.

Estas eran las más sencillas del mundo:

«La habitación está alquilada por todo el mes, con un nombre falso. No hay nadie en la vecindad. Cuando veas salir a la gente despavorida de la iglesia, tú empiezas a manejar el rifle y mata... ¡mata...! MATA».

Lo mismo importaba uno que otro.

Con una especie de placer diabólico, Lacloche se dispuso a no perder ni una bala. Empezó a disparar ciegamente contra todos los que salían, sin que del cañón del rifle brotara un solo estampido, a causa del silenciador. Vio caer a tres personas llevándose las manos a la cabeza. El siguió disparando.

Una sonrisa satánica flotaba en su boca.

Le gustaba aquel trabajo.

Aunque no le hubiesen pagado lo habría hecho.

De pronto, el rifle se encalló. No había hecho más que cinco disparos, pero hasta un calibre 22 puede tener algún defecto cuando es demasiado nuevo. Posiblemente se trataba de una tontería, pero Lacloche no tuvo paciencia para revisar el arma. La soltó, mientras oía el aullido espasmódico de los coches de la policía. Alguien debía haber avisado por teléfono a los patrulleros más cercanos desde la misma iglesia.

No podía arriesgarse ya más.

Salió.

La casa olía a humedad.

Pero no había nadie en ella, excepto dos mujeres que se pusieron a chillar en el tejado. Lacloche salió a la calle, por el lado opuesto del edificio, y se encontró en un pasaje donde se amontonaban unos paquetes de periódicos, unas cajas de fruta y unos neumáticos rajados a

cuchilladas. La potente «BMW» también estaba allí.

Con Sergeant a los mandos.

Todo era perfecto.

Sergeant le sacaría de allí.

Lacloche avanzó.

Ahora no llevaba armas.

Pero lo había pasado en grande. Como le había ocurrido a Catroux unos minutos antes, él era el hombre más feliz de la tierra. Y murió siéndolo.

No todo el mundo tiene esa suerte.

Sergeant había sacado una «Beretta» del nueve largo.

Y estaba diciendo:

—Te pasa como a Nadine, aquella chica de la floristería. No conviene que hables.

Y añadió:

—Siento no darte más tiempo. Quizá educándote con paciencia, durante un par de siglos, hubieras llegado a ser un buen chico.

Y le metió la bala entre las cejas.

Lacloche vaciló.

Sus brazos rasgaron el aire. Aún le pareció ver un par de nubecillas rojas frente a sí.

Y luego nada. Luego el vacío infinito de la muerte.

Sergeant salió disparado con la «BMW», después de una pequeña vacilación.

—¡Hum...! ¡Qué susto! —murmuró—. Creí que se me calaba...

CAPÍTULO III

El despacho tenía esa solemne frialdad que suelen tener los despachos oficiales franceses. El suelo era de mármol negro y transmitía a la estancia una especie de aire glacial que parecía llegar desde el fondo del tiempo. Los muebles eran Luis XV, y además legítimos. Una chimenea que no se había encendido desde los tiempos de Thiers presentaba como adornos unos angelitos rechonchos que seguramente, doscientos años antes, algún ministro compró a su querida para que fuese buena chica. Un reloj parado desde que se firmó el armisticio de Compiègne se burlaba del paso de las horas.

El secretario Prevost entró balanceando sus nalgas de matrona.

—El informe, señor Bayod.

Lo dejó sobre la mesa.

Bayod, el director general de Política Interior, hojeó el expediente que le habían dejado junto a una tabaquera de plata, donde aún se conservaba un poco del rapé que hizo estornudar a los ayudantes de Napoleón III. No dejó de observar que junto a él había una hoja en blanco firmada por el ministro del Interior, *monsieur* Poniatowsky. Él podía escribir encima lo que le viniera en gana.

Leyó:

«MAC COY. Jean.

»Madre francesa, padre americano. Nacido en Nueva Orleans el 15 de marzo de 1949. Educación universitaria sólida. Cuatro idiomas. Educación militar sólida. Teniente de comandos. Educación civil sólida. Miembro de dos organizaciones caritativas de su parroquia hasta los quince años.

«ACTIVIDADES:

«Expulsado de Formosa en 1970 por indeseable.

Expulsado de Indonesia en 1971 por indeseable. Expulsado de Alemania Occidental en 1972 por indeseable. Expulsado en Egipto en 1973 por indeseable. Expulsado de Arabia Saudí en 1974 por indeseable y por haberse llevado a tres mujeres del harén real. Residente en Francia desde enero de 1975. MAS ACTIVIDADES: Bronca con dos heridos en un bar de Pigalle; robo de un caballo en el hipódromo de Longchamps, escapada con la esposa del ex ministro Garnier en...»

El director general Bayod ordenó:

—Tache esto último del expediente, Prevost.

—Claro, *monsieur*.

—Que no se haga ninguna mención del señor ex ministro.

—Naturalmente, *monsieur*.

—Y expulse de Francia a Jean Mac Coy.

—Para eso le he traído la orden en blanco firmada por *monsieur* Poniatowsky, el ministro del Interior. Yo mismo la rellenaré. Buenos días, *monsieur*. La expulsión se le comunicará enseguida.

—Oiga.

Prevost ya estaba en la puerta, meneando sus posaderas de matrona. Se volvió a medias.

—¿Monsieur...?

—Para los trámites de la expulsión, elija a una persona de confianza.

—¡Oh, claro que sí! ¡Ya la tengo elegida!

Y salió.

Los primeros informes sobre lo sucedido en la iglesia de la Charité empezaban a llegar entonces al ministerio del Interior. La Operación Sur estaba entrando en la recta macabra de su desenlace.

Pero eso aún nadie lo sabía.

CAPÍTULO IV

Clèvert dijo:

—He recibido órdenes estrictas del presidente Giscard para que se celebren solemnes funerales en Nôtre Dame. El presidente no asistirá por estrictas razones de protocolo, pero ha testimoniado oficialmente su pésame a la familia Catroux. ¡Ah...! Los dos ataúdes deben tener una apariencia altamente digna y deberán estar cubiertos por la bandera francesa. No serán abiertos por ningún concepto, claro... La gente... Bueno... la gente...

Hubiese querido decir: «...la gente se horrorizaría si viese lo que hay dentro».

Pero no se atrevió.

En lugar de eso añadió con voz estrictamente oficial:

—Ya sabe lo que tiene que hacer.

Y el importante *monsieur* Clèvert, jefe de protocolo de una de las secciones de la presidencia de la República, volvió a abismarse en su trabajo diario. Había que recibir a una delegación persa, asistir a la boda de la hija de un embajador, y al entierro de otra. Designar los comensales para una comida oficial. Enviar flores a la esposa del ministro de Comercio. Pasar a Secretaría Privada la petición de indulto de un condenado a muerte. Esperar en Orly a una comisión de ingenieros rusos y esperar en el de Charles de Gaulle a unos banqueros norteamericanos que venían a negociar un préstamo.

Demasiados trámites para un solo día. Clèvert no tenía tiempo para ocuparse de aquellos funerales en Nôtre Dame, aunque le horrorizaba pensar en las circunstancias que habían rodeado todo el repelente asunto. De una forma maquinal se limpió las manos en las solapas del immaculado chaqué, como si así quisiera desprenderse de la sensación de muerte, y examinó la lista de las personas que debían asistir obligatoriamente a los funerales, en calidad de duelo oficial.

Luego se acercó a la ventana desde la cual se divisaba un patio gris, con una estatua ecuestre de Luis XIV en su centro. Una sensación de tiempo, de limpieza, de elegancia y hasta de plenitud se desprendía de las viejas piedras. Clèvert cerró un momento los ojos. Pensó que le hubiera gustado ser ministro en aquella época donde para Francia todo era posible. Y donde uno podía tener tres carruajes y cuatro amiguitas.

A no mucha distancia de allí, en el barrio de Saint Antoine, en una pensión de argelinos donde las ratas hacían ejercicios de natación en la única bañera, otro hombre estaba también mirando por la ventana a un patio interior. Dentro de aquel patio leproso, oscuro, sórdido, no había

ninguna estatua de Luis XIV, sino una pila de cajas de verduras y un coche donde el dueño de la pensión estaba repasando las piernas a la mujer de uno de los huéspedes. Una sensación de olvido, de miseria, de suciedad y de cochambre se desprendía de aquellos muros que no habían sido lavados desde la toma de la Bastilla. El hombre alzó la mano derecha lentamente y consultó su reloj. Estuvo a punto de lanzar una maldición, al ver que ya pasaban tres minutos de la hora.

Pero su delegado ya venía.

Lo vio atravesar el patio.

La mujer que estaba dentro del coche con el dueño de la pensión, casi sacaba una pierna por la ventanilla.

Sergeant dijo:

—Al menos disimula, zorra.

Y entró en la casa.

El tipo que le había estado observando desde la ventana, salió a su encuentro.

—¿Todo bien, Sergeant?

—¡Hum...!

—¿El taxi?

—Lo descubrió la policía ayer, una hora después de la explosión. De momento no lo relacionan para nada con los sucesos de la Charité.

—¿Por qué no lo han publicado los periódicos?

—La policía ha pedido que no lo hicieran durante veinticuatro horas. Están muy confundidos con todo lo que se les ha venido encima. Para mí que empiezan a perder la serenidad.

—¿Y la moto?

—Ya sabes que era robada.

—Por supuesto. Pero ¿dónde la abandonaste?

—En Suresnes.

—¿La han encontrado?

—Que yo sepa, no.

—¿Y Lacroche? ¿Ha aparecido su cadáver?

—Claro que ha aparecido. Si ese tío olía mal en vida, ¿cómo no va a oler mal después de muerto? Al cabo de cinco minutos, ya tenía más gente en torno suyo que la que se junta el domingo en el estadio del Racing. Pero creerán que ha sido cualquier sucio asunto de venganza entre bandas. Lacroche había hecho de todo, excepto acostarse con un guardia de seguridad. A nadie le extrañará que un enemigo le haya dado el pasaporte.

Y se puso un cigarro en la boca.

Lo hizo porque la pensión olía mal.

Janot, el que le había llamado allí, murmuró:

—Tú harás el siguiente trabajo.

—¿Cuál?

—Cuando vuelvas a tu casa encontrarás una orden para reparar unos cristales del rosetón gótico de Nôtre Dame. No debes preocuparte, porque la orden es auténtica. Lo único que hemos hecho ha sido cambiarle la fecha. Hay ya un andamio exterior en el que podrás estar solo cerca de treinta minutos. En los cables que sujetan el andamio encontrarás una pequeña bolsa. Dentro verás una «P-38» como la que usaba Lacloche.

Sergeant apretó los labios.

No acababa de gustarle aquel trabajo.

Pero le pagaban muy bien por ello.

Gruñó:

—¿Tiene silenciador?

—Claro que sí.

—¿Cuántos disparos deberé hacer?

—Uno. No tendrás tiempo para más.

—¿Contra quién?

—Contra el jefe de la misión israelí, que ahora está tramitando la compra de armamentos. Asistirá sin duda alguna a los funerales. Lo tendrás de espaldas y a unos doscientos metros. Lo conocerás perfectamente por su cabello ligeramente rojizo.

—¿Y si lleva sombrero?

—Nadie lleva sombrero dentro de una iglesia, idiota.

—Es que como nunca he entrado en ninguna...

—Pues deberías hacerlo. Eso forma parte de la cultura.

Sergeant bizqueó.

Pero dijo con voz suave:

—Sé que no voy a fallar un disparo a menos de doscientos metros y con una «P-38». Imagino además que habrá en el rosetón gótico algún cristal separado por el que podré apuntar. ¿Pero y la huida? ¿Por dónde escapo luego?

—La huida va a ser lo más audaz. Haremos una demostración de fuerza.

—¿Qué cuerno de demostración? Lo único que me interesa es salir con los huesos enteros de allí. Y con los dientes en su sitio.

—Te sacaremos en helicóptero —dijo Janot—. Visto y no visto. Harás el disparo y tendrás ya las aspas sobre tu cabeza. Todo lo tenemos sincronizando. Tú no deberás apretar el gatillo hasta las 11.17.

Sergeant comparó su reloj con el de Janot. Las manecillas coincidían perfectamente. Faltaban aún cuarenta minutos para el momento de actuar.

Janot murmuró:

—Más vale que te vayas.

—¿A las 11.17 tendré el helicóptero sobre mi cabeza?

—Si. Y en un par de minutos, estarás volando sobre el parque de

Montsouris para perderte de vista. El helicóptero te dejará en la carretera, cerca de Barbizon, donde ya te estará esperando un coche. Esta misma noche duermes en Marsella, donde ya no hay ningún peligro. Marsella es prácticamente una ciudad árabe.

Sergeant asintió.

Lo sabía muy bien.

Barrios enteros convertidos en la Kasbah de Argel. De la vieja y entrañable Cannebière ya no quedaba nada. La Marsella de antes ya no existía. Todo olía a zoco. Ropa tendida de fachada a fachada. Y mil refugios donde la policía no podía entrar.

—Tantos inmigrantes argelinos en una ciudad la llegan a ocupar totalmente —dijo con expresión pensativa—. Bueno, iré allí.

Y dirigió una última mirada a su reloj. Sabía que no podía perder tiempo. Arrojó el cigarrillo por la ventanilla del coche detenido, cuando pasaba junto a él.

CAPÍTULO V

El hotel tenía historia.

Era nada menos que el Meurice.

Viejo lujo francés junto a los arcos de la rue Rivoli. Una vista apaciguadora sobre los jardines de las Tullerías. Historia en las piedras que habían visto lo mejor de la diplomacia europea a lo largo de más de cien años. Y el recuerdo del cuartel general alemán instalado allí en 1944, cuando Von Choltitz recibió la orden de arrasar París, una orden que no podría cumplir nunca. Sí; el entrañable Meurice era un pedazo vivo de París, era su propia carne. Quizá por eso los artistas, los nostálgicos y los aventureros lo amaban tanto.

El hombre que ocupaba la habitación 222, del segundo piso, debía ser de estos últimos: un aventurero. Ni artista ni nostálgico.

Tenía las espaldas anchas.

La mandíbula cuadrada.

Los puños de acero.

Las piernas largas.

La mirada de mala uva.

Pero la mirada se dulcificó cuando vio a la chica que venía hacia él, cuando distinguió sus formas torneadas y esbeltas, su falda corta, sus piernas llenitas, su color saludable, sus caderas de artista de *strip-tease* y sus ojos intelectuales de profesora de idiomas.

—¿Señor Mac Coy? —preguntó.

—Si.

—Yo soy Elaine Normand, del departamento de Política Interior. Estoy destinada al servicio de Inmigraciones.

—Es muy joven para eso, ¿no?

—Veintitrés años.

Mac Coy sonrió. A veces tenía una sonrisa agradable y todo. Lograba incluso que se dulcificaran sus ojos.

—Imagino a qué ha venido —susurró—. De pronto han descubierto que mi estimada y grata presencia, ha dejado de ser interesante para Francia.

—Si. Le han expulsado —dijo Elaine Normand.

—¿Por indeseable?

—Por indeseable, señor Mac Coy.

—Bueno, desgraciadamente, eso no es nuevo para mí.

Y Mac Coy se encogió de hombros con la tranquilidad de un jugador de póquer que ha perdido una insignificante mano de cinco francos. No había ni la menor expresión en sus ojos o en la línea de su

boca. Luego mostró la habitación cuyas ventanas daban a la rue Rivoli, y en la que tenía su equipaje preparado. Aquel equipaje consistía en un paquete de cigarrillos, un pasaporte, un estuche de aseo personal, una cartera con unos cuantos billetes y una revista en cuya portada había una chica buscando ansiosamente las dos piezas de su bikini. No existía peligro de que le hicieran pagar exceso de peso en el avión.

—Yo siempre estoy dispuesto —dijo—. Pueden expulsarme cuando quieran.

—¿Sabía que iba a venir?

—Me lo imaginaba desde la bronca que tuve noche. Pero, en fin, eso es lo de menos. ¿Cómo van a llevarme?

—Le dejaremos en un avión que haga la línea de Nueva York. Su Embajada pagará los gastos.

—De acuerdo, pero ¿por qué ha venido usted? Me han expulsado de muchos países y siempre los que me han echado de ellos eran tíos barbudos, oliendo a camiseta sudada y con pinta de padecer almorranas. Es la primera vez que me envían a una chica cañón para un trabajo así. Diga: ¿por qué ha venido?

—Porque soy funcionaría del Ministerio —dijo ella, con voz helada—. No sé si ha oído hablar alguna vez de las igualdades entre los sexos, señor Mac Coy. Las mujeres tenemos los mismos oficios que los hombres.

—La lástima es que los hombres no podamos tener los mismos oficios que la mujeres —dijo pensativamente Mac Coy.

—¿Qué quiere decir?

—Que a mí me gustaría dedicarme a hacer *la carrera* ahí abajo, en la rue Rivoli, y dedicarme a seducir señores, cobrando las tarifas del Mercado Común, pero no puedo. ¿Usted sí?

Elaine Normand le miró con una indefinible mueca de asco.

—Aún no he pensado en dedicarme a eso —dijo secamente—, pero puede que la sugerencia me interese cuando haya cumplido los cincuenta años. Vamos, recoja sus baúles.

Pese a su juventud, pese a su belleza, pese a sus curvas, pese a su falda cortita, tenía los modales y la sequedad de una perfecta funcionaría que se ha pasado la vida cobrando del Estado y esquivando los pellizcos del jefe de su sección. A veces, según como se movía, parecía un palo. Mac Coy pensó al mirarla algo que un día antes había pensado un individuo llamado Lacloche:

—Lástima.

Y salió. No necesitó llamar al mozo para su equipaje. Chascó dos dedos al ver el coche oficial que le esperaba.

—Nunca me habían expulsado con tanto lujo —gruñó—. Es un «Citroën Pallas».

—Es que hasta ahora le han expulsado de unas cuantas pocilgas,

Mac Coy. Pero Francia es Francia.

—¿Por dónde van a expulsarme? —preguntó, mientras se ponía un cigarrillo entre los labios—. ¿Por Orly o por el de De Gaulle?

—Por Orly.

—Es una pena —dijo Mac Coy—. Me hubiera gustado ver el nuevo aeropuerto Charles de Gaulle.

Y cerró los ojos. No quería ver las piernas de Elaine Normand, que ella le mostraba generosamente, como en una burlona provocación. Quizá esperaba que cometiera la insensatez de tocarlas, en cuyo caso le caerían tres años de cárcel. Si el Gobierno francés no permite pellizcar a sus funcionarios, imagínese lo que será cuando se trata de pellizcar a sus funcionarías.

En un tipo de sus antecedentes, todo es grave. Hasta un roce de los dedos se puede castigar con las mazmorras de la Santé.

Solo abrió los ojos cuando pasaban por la avenida del general Leclerc.

Luego ella dijo:

—Orly.

Había cientos y cientos de coches estacionados en el inmenso *parking*, bajo el sol tranquilo de la mañana. Los altavoces del campo indicaban la salida de un «747», que iba a Bagdad y la llegada de un *Tupolev*, que venía de Moscú. Un autocar noruego descargaba turistas. Un maletero turco les llevaba los equipajes. Un carterista italiano los desplumaba.

Nada tan internacional como Orly, ¡qué cuerno!

Elaine susurró:

—Aquí.

Mac Coy vio que se habían detenido en un lugar apartado del *parking*. Quedaban a cubierto de las miradas por una serie de camiones militares. Hasta allí llegaba el sonido de los altavoces indicando que el *Tupolev* llegado de Moscú seguía hasta Casablanca.

Mac Coy vio a los tres gorilas.

Que con los dos policías eran cinco.

Pensó: «Bueno, a ver quién me atiza primero...»

La que lo hizo fue la chica. Inesperadamente, fue ella. Le había indicado con una voz sin matices:

—Baja.

Cuando la portezuela se abría, la culata manejada por Elaine se hundió en la nuca de Mac Coy. Fue un golpe de los que hacen la trepanación a un caballo. Mac Coy cayó de bruces, mientras sus ojos se llenaban de lucecitas. Notó que los zapatos de los hombres que le aguardaban se acercaban vertiginosamente a él.

Y tan vertiginosamente.

Uno de ellos le atizó en la boca.

Mac Coy pensó que a partir de aquel momento tendría que sujetarse los dientes con esparadrapo.

El dolor llegó hasta el fondo de su cerebro.

Consiguió sujetar el zapato que iba a hundírsele en uno de los ojos y darle la vuelta, haciendo rodar al gorila que le dedicaba tan cariñoso saludo. Pero los otros ya estaban sobre él. Notó que uno le sujetaba los pies para que no pudiera emplearlos. Otro le pateó la nuca. Los policías que iban en el coche salieron y empezaron a punterazos con sus riñones. Sabían dónde atizaban cada golpe y hacían que espasmos de dolor recorrieran el cuerpo de Mac Coy.

Una especie de llama atravesó las sienes del caído.

Sintió que su vista se nublaba. Sintió que se quedaba ciego.

Ahora le pateaban la cabeza.

Dos manos le hicieron volverse en el suelo, y entonces alguien dio un salto sobre el bajo vientre de Mac Coy. Los tacones de los zapatos se le hundieron hasta las mismísimas entrañas. El terrible dolor hizo que hasta las uñas se le movieran de sitio. Pero no gritó ni una vez.

Mac Coy no había gritado de dolor nunca. Era de esas bestias humanas que tienen piel de dinosaurio y de esas bestias humanas que lo aguantan todo. Solo intentó girar el cuerpo mientras se llevaba las manos al bajo vientre con un gesto espasmódico.

Quizá fue peor así.

Dejó la espalda al descubierto. Dos punteras de zapato se clavaron rabiosamente en su columna vertebral. Se oyó un siniestro chasquido.

Elaine Normand barbotó:

—¡Basta de una vez! ¡Basta!

Sus ojos relucían de odio.

Pero quizá aquello era demasiado.

Uno de los policías susurró:

—Me parece que le hemos dado demasiado fuerte, muchachos.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque está sin sentido?

—He oído cómo crujía su columna vertebral. Bueno... Lo habéis oído todos.

—¿Quieres decir que lo hemos dejado paralítico?

—Quiero decir que quizá hemos acabado con él. Se nos ha ido la mano. Y hay que hacer algo, porque su avión sale dentro de una hora.

Elaine dijo secamente:

—Esperaremos a que se reanime.

—¿Y si no puede andar?

—Hay un sistema para sacarlo del país.

—¿Cuál?

La preciosa muchacha dijo despectivamente:

—Cualquier procedimiento es bueno para sacar la carroña de aquí. Lo llevaremos al avión en una silla de ruedas.

—¿Y si nos denuncia?

—Mac Coy nunca ha denunciado a nadie. Es la única virtud que tiene. Nunca habla. Y, si por una vez lo hiciera, sería peor para él.

Le dieron la vuelta. Nadie les veía en aquel lugar reservado para los vehículos oficiales, porque les tapaban los camiones de la Policía Militar. Desde las salas de Orly llegaba ahora una melosa voz italiana, invitando a los pasajeros a probar las delicias del vuelo de Alitalia que terminaba en las playas de Ciudad de El Cabo.

Un policía se inclinó sobre Mac Coy.

—¿Qué? ¿Se recupera?

—No sé... Para mí que le hemos roto las costillas... Puede que tenga una hemorragia interna.

—Pálpale.

—En estos casos, es peor meter la mano, idiota...

Los cinco hombres se miraron desorientados. Por un instante tuvieron miedo de haber cargado demasiado en los golpes. La tentadora Elaine Normand se inclinó también sobre el caído.

—Es verdad —dijo secamente—. No podemos exponernos a palparlo ahora para ver qué tiene, porque quizá lo liquidaremos del todo. Cuando se recupere un poco lo llevaremos hasta las pistas en una silla de ruedas. Si revienta en el avión, ya no es cuenta nuestra.

Y añadió sin mirar a nadie:

—A ver, marranos. Limpiadle la sangre de la boca...

CAPÍTULO VI

El hombre que llevaba un mono blanco, una gorra con las iniciales de una conocida compañía francesa y una caja de madera en la mano, soportó con una sonrisa el examen rutinario a que fue sometido por el gendarme que estaba de servicio junto a los andamios de Nôtre Dame. No siempre a los obreros que trabajaban allí, en la reparación de los ventanales, se les sometía a registro, pero en estos momentos la iglesia se estaba llenando de importantes personalidades para asistir a un funeral y había que tomar ciertas precauciones.

Por eso había al menos un policía en cada ángulo.

El que había examinado a Sergeant sin encontrar nada sospechoso, preguntó:

—¿Cómo es que va a trabajar arriba, si hoy no trabaja nadie? Los operarios dijeron ayer que no iban a volver hasta que trajeran los cristales nuevos. Por lo visto pierden el tiempo mientras no los tengan, y la empresa los ha enviado a otra parte. ¿Por qué cuerno lo mandan ahora a usted?

Sergeant enseñó de nuevo el papel sellado en el que se ordenaba la reparación urgente.

—Hay unos emplomados que están flojos —murmuró—. ¿Qué le parecería si parte del rosetón gótico se cayera de pronto?

—Me parecería un desastre. Ese rosetón ha estado ahí, sobre la puerta principal, desde hace no sé cuántos siglos.

—Desde que Nôtre Dame fue construida —dijo Sergeant, aunque sobre eso no tenía ideas demasiado claras—. Ahora bien, si usted quiere que siga perdiendo el tiempo, lo pierdo...

—No, no... Ya me doy cuenta de que es urgente. Suba.

El hombre que venía en línea recta desde el barrio de Saint Antoine, empezó a trepar por las escaleras de los andamios con la agilidad de un mono. Pocos años antes la estructura externa de Nôtre Dame había sido limpiada por completo, quitándole el color negro que la humedad de los siglos había ido depositando sobre sus piedras. Así parecía recién construida, lo cual no dejaba de ser una lástima. Parecían haberle quitado de un plumazo toda su historia, toda su gracia. Pero ahora las solemnes vidrieras, en especial la del maravilloso rosetón de la fachada principal, necesitaban unos retoques.

Llegó por fin arriba.

Y vio la bolsa.

Todo estaba correcto.

Metió la mano.

Más correcto aún.

Una «P-38» con silenciador y con el cargador completo, aunque ya le habían dicho que a él solo le iba a quedar tiempo para disparar una bala.

Sus ojos de águila recorrieron, desde aquella posición privilegiada, el interior del inmenso templo. Uno de los hermosos cristales estaba descolocado para limpiarlo, lo que le permitía observar el espectáculo como si estuviera en una ventana situada a cuarenta metros de altura. Miró a los hombres y mujeres reunidos allí, captó la solemne música gregoriana, vio al fondo los dos ataúdes situados uno junto al otro, cubiertos ambos por la bandera francesa.

Catroux y su hija.

Buen espectáculo.

Miró la esfera de su reloj y se dio cuenta de que eran ya las 11.14. Había llegado con el tiempo justo. Si el policía de abajo llega a entretenerle un poco más, todo se va al diablo.

Pero ahora aún disponía de tres minutos, y esos tres minutos los aprovechó bien. Sus ojos de águila siguieron escrutando las cabezas, hasta dar con los cabellos levemente pelirrojos del hombre que iba a morir.

No sabía ni su nombre.

Tampoco le importaba.

Solo sabía que era el jefe de una misión israelí que estaba comprando armamentos en Francia y a partir de ahí podía imaginar que Catroux, uno de los técnicos del Gobierno de París para la venta de armas al exterior debía estar en buenas relaciones con él, puesto que de lo contrario el israelita no hubiera asistido a sus solemnes funerales. Pero esas eran cosas que a un tipo como Sergeant tampoco le importaban nada.

Solo sabía que iban a darle su paga y la de Lacloche.

Y que lo sacarían por los aires de allí.

Lo único que le quedaba por hacer era demostrar su puntería.

Apoyó en el hueco inferior del cristal el largo cañón de su «P-38».

Apuntó cuidadosamente.

Era un blanco difícil, pero él estaba seguro de no fallar. Conocía aquella clase de pistolas como si las hubiese parido todas. La nuca del hombre al que tenía que matar, quedó perfectamente dibujada en el punto de mira.

Los músculos de Sergeant no temblaban. Era una estatua.

Alzó un poco la mano izquierda para consultar las manecillas del reloj. Vio que faltaban cuatro segundos.

Tres... Dos... Uno... ¡FUEGO!

Las voces, solemnes del coro entonaban entonces el *Miserere mei*. Sus acordes majestuosos, lentos, llenaban la iglesia.

El hombre de la cabellera roja dio un terrible salto hacia delante, se llevó con una especie de palmoteo infantil las manos a la nuca y cayó entre los invitados de las primeras filas, apenas a dos pasos de los ataúdes. Pese a que no se había oído ningún disparo, sonó en el interior de Nôtre Dame un unánime grito de horror.

Sergeant apretó los labios, mientras a sus ojos asomaba una llamita de satisfacción.

Él era un buen profesional.

Amaba el trabajo bien hecho.

Sabía que acababa de volar la cabeza al israelita, de modo que nada más tenía que hacer allí. Se volvió con la tranquilidad del que lo tiene todo previsto. En aquel momento ya tenían que estar sobre su cabeza las aspas del helicóptero.

Y, en efecto, algo venía hacia él.

Puntual.

Exacto.

Pero no era un helicóptero, sino el avión que más se había acercado a las torres de Nôtre Dame en toda la espectacular historia de la catedral de París. Estaba ya materialmente encima.

Los ojos de Sergeant casi se salieron de las órbitas al verlo.

Porque se dio cuenta de que aquella especie de bestia rugiente no venía a sacarle de allí. A tanta velocidad, era imposible.

Sus conocimientos de aviación, después de tanto rodar mundo, bastaban para saber que el bólido que iba a pasar por entre las dos torres de Nôtre Dame era un avión *Cheyenne* de los que fabrica la Pratt & Whitney, capaz para ocho pasajeros, en una cómoda cabina entre dos reactores. Como avión privado o como avión-taxi, era lo más moderno que se construía. Pero ahora no estaba allí precisamente para que Sergeant hiciese turismo.

¿O sí...?

Precipitarse desde lo alto de Nôtre Dame al suelo es, al fin y al cabo, una forma como otra cualquiera de conocer París.

El aullido de Sergeant se debió escuchar en toda la plaza.

Aquel *Cheyenne* tenía dos ametralladoras bajo el morro de radar.

Y el piloto las usó bien.

No faltaron ni las balas trazadoras para que el tirador pudiese darse cuenta de que su puntería era exacta.

El cuerpo de Sergeant pareció quedar despedazado en el aire. Y algo de eso hubo realmente, porque las balas trazadoras lo partieron por la mitad. Sus restos cayeron a la plaza como una siniestra lluvia roja.

El *Cheyenne* acababa de pasar como un rayo por entre las dos torres de la catedral. Las rozó de tal modo que los turistas que estaban arriba tuvieron que lanzarse al suelo. Sobrevoló la isla de San Luis. Un momento después, aullaba sobre los tejados del Barrio Latino.

Janot, que era el único pasajero, encendió un cigarrillo calmosamente.

—Buen tiro —dijo al piloto—. Y ahora vamos hacia Dieppe a toda la velocidad que permitan los motores. El barco nos espera junto a una playa que es una verdadera pista de aterrizaje.

—Mientras no haya allí unas cuantas tías tomando el sol... —gruñó el piloto—. Me sabría mal despertarlas...

CAPÍTULO VII

La Operación Sur había llegado a su punto cenital, a su minuto más importante. Ahora solo faltaba el acto final, el broche de oro, la obra de auténtica categoría artística que había de asombrar a toda Francia. Solo faltaba bajar el telón tras un golpe de teatro remojado en sangre.

Pero Elaine Normand no lo sabía.

Ni los perros policías que la acompañaban.

Ni los centenares de guardias que había allí, espiando los menores movimientos sospechosos, aun cuando en su interior estuvieran convencidos de que no ocurriría nada.

Elaine vio que Mac Coy abría los ojos.

Gruñó:

—¿Cómo te sientes?

Mac Coy contestó con amabilidad:

—Sucia hija de perra, ramera barata de Saint Cloud, puerca buscona de las cloacas del Sena...

No se le ocurrió nada más fino.

Ella le golpeó en la garganta con el tacón de su zapato.

Era un fino tacón de aluminio.

Mac Coy sintió como si le hubieran atravesado la garganta con un estilete y ya no pudo decir más. Tuvo una arcada y se llevó la mano a la boca. Se dio cuenta entonces maquinalmente de que se la habían limpiado.

Estaba seguro de que al principio escupió sangre.

Pero no se había manchado la camisa. No se había manchado nada. Las gotas de sangre estaban sobre el asfalto y en los pañuelos de sus agresores.

Fue la misma Elaine la que preguntó:

—¿Puedes moverte?

—No consigo po... ponerme en pie.

Los policías que le habían pateado cambiaron entre sí una mirada de preocupación. La sensación de que podían haberle roto la columna vertebral volvió a ellos. La misma Elaine estaba pálida.

—Una silla —dijo—. Y pronto.

De repente los dominaba la impresión de que habían ido demasiado lejos. Además ahora cada minuto contaba, porque podían verles. Uno de los policías llegó haciendo rodar una silla de inválido de las que no es difícil encontrar en los aeropuertos, para los viajeros imposibilitados. Sobre todo cuando una silla de esa clase la pide un policía.

—Levantadle.

Mac Coy, todo músculo, todo fortaleza, todo mala baba, era ahora un paquete que no podía valerse por sí mismo. Los policías lo manejaron como si temieran oír a cada momento el chasquido siniestro de los huesos al desarticularse. Les aterraba, sobre todo, el que Mac Coy no pudiera mover nada las piernas. Eso significaba que le habían causado una lesión irreversible en la columna vertebral.

Lo habían destrozado para toda la vida.

Y, si él hablaba, lo iban a pasar muy mal, tan mal como vulgares criminales. Todo por complacer a una mujer cuyas piernas figuraban entre las más bonitas de Francia.

Uno de ellos masculló:

—¿Pero tú crees que un tipo que está así va a conformarse? ¿Qué no va a hablar?

Elaine no se atrevió a contestar.

Estaba aturdida. No sabía qué pensar. Se había mordido el labio inferior hasta hacerse sangre.

Pero sus movimientos fueron la mar de naturales y tranquilos cuando penetró en el *hall* principal de Orly empujando la silla, como si llevase un pasajero inválido.

Los cinco gorilas iban con ella. No querían perderla de vista ni un minuto, hasta que dejaran a aquel tipo dentro del avión que iba a sacarlo para siempre del país.

Mac Coy tenía los ojos cerrados.

La boca cerrada.

Las facciones rígidas, formando una indefinible mueca.

En aquel momento los altavoces de aquel sector anunciaban:

—Avión de la compañía El Al con destino a Atenas y Tel Aviv...
Avión de El Al con destino a Atenas y Tel Aviv.

Ninguno de los que avanzaban junto a la silla de ruedas hizo caso. Sobre todo los cinco policías.

¿Qué les importaban a ellos Atenas y Tel Aviv, si las chicas francesas eran tan bonitas como las griegas y las judías y encima estaban más cerca...?

★ ★ ★

Los cuatro hombres que estaban esperando en las pistas, junto al ataúd encerrado en una sólida caja de madera, y el cual había de salir poco después para Pretoria, se pusieron en movimiento al oír aquel aviso. El ataúd, cuya custodia les habían confiado iba, efectivamente, destinado a Pretoria, en Sudáfrica, pero ellos sabían que jamás llegaría allí. Como tampoco llegarían a Tel Aviv muchos de los pasajeros que ahora estaban en el *Boeing 747* de El Al esperando la salida.

Los movimientos de aquellos cuatro hombres estuvieron

perfectamente sincronizados. También los estuvieron los del hombre que llevaba el uniforme de los chóferes ministeriales y que estaba con la gorra en la mano casi al borde de una de las pistas.

Aquel chófer fue a situarse a espaldas del importante *monsieur* Gentile, el secretario técnico de la Presidencia que se disponía a despedirse de sus colaboradores antes de emprender vuelo a Tel Aviv. A nadie le llamó la atención aquel chófer, porque era el que había traído hasta allí a *monsieur* Gentile. O lo parecía.

Nadie se dio cuenta de que no era el mismo.

Como nadie se fijó tampoco en los cuatro hombres que alzaban de repente, con una facilidad que causaba escalofríos, la tapa de madera de la caja que contenía el ataúd. Pero allí debajo no estaba el muerto ni la madre que lo concibió. Allí debajo solo había un *bazooka* capaz de destruir un tanque.

Era un último modelo ruso, como los que usaron los egipcios en la última batalla del Sinaí y que les permitió destruir a centenares de tanques hebreos. Parecido al viejo *panzerfaust* alemán de la Segunda Guerra Mundial, pero mucho más ligero y preciso, un solo hombre podía manejarlo. Los demás iban a encargarse solo de protegerle y de montarle la máquina.

Todo ocurrió en cuestión de segundos.

A través de los altavoces, la agradable voz femenina decía:

—Avisamos a los señores pasajeros de la compañía El Al que el avión con destino a Tel Aviv, vía Atenas, va a...

La voz se cortó entonces.

O al menos no se preocupó de oírla nadie.

La horrible detonación hizo saltar todo el morro del aparato. La puntería fue perfecta. Cinco pasajeros de primera clase quedaron pulverizados. La azafata del bar superior vio que algo volaba ante sus ojos y tardó unos segundos dramáticos en darse cuenta de que era uno de sus propios brazos. Toda la estructura del aparato empezó a incendiarse. Los gritos que sonaron en todas partes debieron oírse hasta en el otro lado de la avenida del General Leclerc.

¡El *Jumbo* de la compañía israelí El Al estaba siendo destruido!

¡Y, pese a todas las previsiones, no era la primera vez que eso ocurría en la capital de Francia!

Las armas fueron desenfundadas. Los servicios de extinción de incendios se pusieron en movimiento. La gente que estaba esperando turno de salida empezó a correr alocada en todas direcciones.

El aeropuerto de Orly se convirtió en una inmensa casa de locos, en una torre de Babel, en un infierno.

Las sirenas pusieron un contrapunto dramático a los gritos y los disparos. Porque, además, alguien empezó a hacer fuego. Los cuatro hombres encargados del *bazooka* sabían que iban a contar con ayuda.

Y esta empezó siendo eficaz.

Tres falsos empleados del aeropuerto empezaron a disparar contra la multitud, en las pistas, a fin de facilitar la huida a los asesinos. Estos corrieron por la ruta que ya tenían marcada. El plan se desarrollaba con una exactitud cronométrica, como hasta entonces se habían desarrollado todos los movimientos de la Operación Sur.

Pero en aquel momento surgió el primer imponderable, y ese imponderable estuvo en los policías que acompañaban a Elaine Normand. En todas las previsiones hechas por los atacantes, en todos los cálculos, en todos los planes no figuraba para nada el que aquellos policías estuviesen allí.

Y, en realidad, estaban por pura casualidad. Porque los había traído Elaine Normand. Pero lo cierto era que se encontraban junto a las pistas y que todos llevaban pistolas.

Vieron a los tres falsos empleados.

Vieron sus disparos.

Y vieron también a la gente caer, segada por las balas, en una salvaje matanza que recordaba las de Tel Aviv, Atenas o Roma.

Pero Elaine susurró sencillamente:

—Bueno, ¿a qué esperáis?

Ella no llevaba armas, salvo una pequeña y casi inútil pistola del 7,65.

Sus amigos sí que llevaban. Todos iban provistos de revólveres reglamentarios. Todos enviaron plomo contri los tres hombres.

Tiraron a mansalva.

Uno de los falsos empleados quedó materialmente clavado en la pared.

Otro salió despedido por una de las grandes ventanas que daban a las pistas.

El tercero rodó, hasta quedar empotrado en el mostrador de una agencia de alquiler de coches.

Cada uno de ellos llevaba cinco plomos en el cuerpo.

Todo el lujoso suelo de Orly se estaba tiñendo de rojo.

Los aullidos eran alucinantes.

La gente corría en todas direcciones.

Ni en películas como *El naufragio del Titanic* se habían rodado escenas de pánico semejantes. Un director de cine hubiese quedado aterrado y maravillado allí. El movimiento de masas era alucinante.

Solo un hombre no pareció enterarse de todo aquello, solo un hombre no se movió, no hizo un gesto, no despegó los labios. Solo un hombre siguió con la mirada perdida en el vacío: Mac Coy.

Elaine le miraba. Había algo impresionante en aquella especie de muerto viviente que ya no se alteraba por nada. Que no parecía sentir, ni darse cuenta del infierno en que estaba metido.

La muchacha bisbiseó, aterrada:

—Le... le hemos destrozado la columna vertebral... Está... como muerto...

Al instante esa idea tuvo que borrarse de su mente porque estaban ocurriendo otras cosas. Y esas cosas tenían una muy directa relación con un importante personaje del Gobierno francés, con el secretario técnico de la Presidencia, *monsieur* Gentile, que tenía que salir hacia Tel Aviv en el avión destrozado.

Monsieur Gentile hizo una mueca al ver lo que estaba sucediendo.

Por unos segundos pensó en lo que hubiera ocurrido si él llega a embarcar en el *Boeing* unos minutos antes.

Él hubiera *estado allí*.

Pero, puesto que la suerte le había acompañado, no iba ahora a estropearlo todo quedándose en Orly. El principio de vanidad que tienen todos los hombres públicos le decía que aquel atentado había sido preparado especialmente contra él. De modo que convenía no dar ninguna ocasión más a los asaltantes y ahuecar enseguida el ala.

Se volvió hacia su chófer.

—Pierre —dijo—, nos vamos de aquí.

Sabía que su coche estaba a pocos metros, en un aparcamiento oficial. Y que no tenía que atravesar ninguna zona batida por el fuego.

Pierre no se movió.

Monsieur Gentile gritó nerviosamente:

—¡Vamos! ¡Trae el coche!

Silencio.

Y entonces el alto funcionario le miró a la cara.

Quedó lívido.

No era Pierre.

Era un desconocido vestido como su chófer, y que empuñaba un no menos desconocido «Magnum» en su mano derecha.

—No ponga las cosas difíciles, *monsieur* Gentile —dijo secamente—. No tenemos ningún interés en matarle, si usted colabora. En caso contrario, lamentaré destrozár su inteligente cerebro que tantos días de gloria hubiera podido dar a Francia. De modo que estese quieto. Unos amigos vienen a recoserle.

Y señaló con el mentón hacia el extremo de la pista.

El funcionario miró hacia allí con ojos alucinados.

Nada menos que los cuatro asesinos que habían manejado el *bazooka*... ¡venían hacia él! ¡Llegaban en línea recta!

La Operación Sur había llegado a su momento crucial.

Pero el importante *monsieur* Gentile, como le había ocurrido a la modesta florista Nadine Sassard, aún no lo sabía.

CAPÍTULO VIII

Los cuatro hombres actuaban sincronizadamente.

Y a la perfección.

Tenían la ruta marcada.

Iban directos hacia Gentile, porque sabían que el falso chófer lo habría inmovilizado ya. El camino que tenían que seguir estaría protegido por tres hombres más, por tres falsos empleados del aeropuerto que se encargarían de sembrar el terror, en plan de comando suicida, para atraer hacia ellos la atención y dejar el camino libre a los asesinos del *bazooka*.

De estos era la misión más importante.

Y la estaban llevando a cabo, sin un fallo. Pero, de pronto, algo se estropeó. Algo dejó de funcionar tan maravillosamente como todo había funcionado hasta entonces.

Por ejemplo, ¿dónde estaban los tres hombres que habían de cubrirles? ¿Por qué no disparaban? ¿Dónde infiernos se habían metido?

Pronto los vieron.

Por lo menos vieron a uno de ellos.

Había salido despedido por una de las grandes ventanas, con el cuerpo convertido en un colador.

Y se podía suponer que con los otros acababa de ocurrir lo mismo. Ya nadie les cubría la retirada. Los hombres encargados de aquel trabajo acababan de irse, con billete de primera, al Valle de Josafat.

Uno de los asesinos gritó:

—¡Nadie nos protege!

—¡No importa! ¡Gentile está allí! ¡Nos bastará hacernos con él para que nadie nos ataque!

Y avanzaron como lobos hambrientos.

Pero las cosas se estaban complicando más y más. Cambiaban en cuestión de segundos. Docenas de gendarmes aparecían por todas partes, armados con rifles de precisión, con metralletas y con fusiles lanzagranadas. Cien dedos estaban en los gatillos. Un solo gesto y los cuatro hombres desaparecerían del planeta; quedarían convertidos en sus propias cenizas.

Por suerte para ellos, nadie disparó.

Las masas suelen tener esos momentos de indecisión. Ningún policía se atrevió a ser el primero. Los que rodeaban a Elaine no hubieran vacilado, pero esos estaban a más de cincuenta metros de distancia. En cambio, los que llevaban uniforme, esperaron órdenes, y

esas órdenes no llegaron a tiempo.

Los cuatro asesinos llegaron casi a la vez junto al secretario técnico de la Presidencia. Lo rodearon como un anillo viscoso.

Gentile se dio perfecta cuenta de la situación, pero no se alteró. Él era un hombre valeroso. Con la expresión tranquila del que se dispone a arrojar a un intruso de su despacho, murmuró:

—Les advierto que no van a salir de aquí. Personalmente no tengo el menor inconveniente en morir. Yo mismo daré la orden de fuego.

—¿Y a quién va a darla? —preguntó, con voz nerviosa, uno de los asesinos—. ¿A todos esos desgraciados que nos están apuntando?

—Los desgraciados que les están apuntando —dijo Gentile, con voz extrañamente apacible— llevan armas de todas clases, pero en especial los «Smith & Wesson» tipo «New Century», que pesan casi dos kilos y cuyas balas pueden atravesar las cabezas de dos hombres, una detrás de otra. Si quieren probar, no tienen más que seguir aquí. Vamos... Les aseguro que esos proyectiles sirven incluso para curar el reuma...

Era evidente que no tenía miedo y que además se estaba burlando de ellos. Gentile, al que habían supuesto un burócrata sin agallas, estaba resultando un tipo que tenía el coraje de un toro.

No podían seguir así ni un minuto más.

Uno de ellos gritó:

—¡Fuera! ¡Hay que sacarlo!

—¿Por dónde?

En efecto, los que tenían que proteger su camino ya no estaban allí. Los cuatro hombres se dieron cuenta instantáneamente de que había que cambiar de táctica. Necesitarían apoderarse de unos cuantos rehenes, si querían que los gendarmes no les cocieran vivos allí mismo.

Dieron a Gentile un golpe con la culata.

El secretario de la Presidencia lanzó un leve grito. Su cabeza cayó a un lado. Se desplomó como un fardo en los brazos del hombre que acababa de golpearle.

Este se lo cargó sobre los hombros.

Al tiempo que lo transportaba, le servía también de parapeto. Los cuatro corrieron entonces por una amplia nave que llevaba a uno de los bares y salas de espera del piso inferior.

La gente huía solo al verlos.

Solo un grupo de personas quedó inmóvil en el camino que los asesinos seguían. Solo un extraño conjunto de figuras no se movió.

Nada menos que cinco hombres armados.

Y una preciosa mujer.

Y una especie de gigante, sentado en una silla de ruedas.

CAPÍTULO IX

Los cuatro asesinos se dieron cuenta de que acababan de seguir el peor camino que se les podía haber ocurrido. Porque las expresiones de los cinco hombres indicaban que eran unos verdugos profesionales. Que formaban parte de esos grupos especiales de la policía donde no se sabe a ciencia cierta en qué punto termina el defensor de la ley y en qué punto empieza el asesino.

Algo les dijo que eran aquellos tipos los que habían liquidado a sus compañeros, los falsos empleados de Orly que tenían que cubrirles la retirada. Y algo les dijo también que ellos seguirían el mismo camino.

No se equivocaban gran cosa.

Uno de los policías movió su petardo.

Lo llevaba cargado con balas especiales que, al entrar en el cuerpo, se disgregaban en cien pedazos.

Y los efectos fueron fulminantes.

Demoledores.

El asesino que estaba más a la izquierda sintió que una especie de garfio penetraba en su estómago y tiraba de las entrañas hacia fuera. Lanzó un grito angustioso que debió oírse en todo el aeropuerto. Dio dos pasos como un borracho en dirección a su enemigo.

Este había tirado por segunda vez.

Le quitó todas las penas.

El hombre que había recibido el primer balazo quedó materialmente clavado en una de las paredes al recibir el segundo.

Los otros tres asesinos, uno de los cuales llevaba sobre sus hombros a Gentile, se dieron cuenta instantáneamente de que tenían dos opciones: o morir matando allí mismo, cosa que ocurriría un par de segundos más tarde, o aprovechar la circunstancia de tener en su poder al mismísimo secretario técnico de la Presidencia. Fue eso último lo que hicieron. Su instinto no les engañó.

Ninguno de ellos hizo fuego.

Pero el que tenía en su poder a Gentile puso el cañón de su revólver en la nuca del alto funcionario.

—Disparen otra vez y este hombre pagará las consecuencias —dijo en pésimo francés—. No nos importa morir matando.

Los policías quedaron un momento atónitos. La misma Elaine Normand sintió que todo empezaba a dar vueltas en torno suyo. Bruscamente comprendió que aquello lo cambiaba todo: que ellos no podían consentir de ningún modo que Gentile fuese acribillado allí mismo, delante de sus ojos. El Gobierno no se lo perdonaría.

Los asesinos se dieron cuenta de aquella vacilación.

Uno de ellos masculló:

—Suelten las armas.

Hubo una misma mirada de angustia en los ojos de los policías. Bruscamente, se dieron cuenta de que la situación era completamente distinta de la de un minuto atrás. Ya no podían resolverla con sus armas. Tenían que resolverla con sus cabezas.

Uno de ellos se atrevió a decir:

—Suelten a ese hombre...

—Solo lo soltaremos en determinadas condiciones. Y la primera de ellas, es que dejen caer sus armas a tierra.

Los policías volvieron a mirarse.

Unas gotitas de sudor, exactamente iguales, habían aparecido en sus mejillas, como si todos tuvieran la misma cara.

Fue la propia Elaine la que susurró:

—No podemos consentir que Gentile muera...

—Pero...

El policía que estaba a su lado no podía hablar. Se le secaba la boca.

—Nos liberarán más adelante —dijo la muchacha—. No tienen salida. Lo mejor es dar un poco de tiempo al tiempo.

Y ella misma soltó su 7,65. Los demás hicieron lo mismo. Soltaron sus calibre 9. Una expresión de estupor se había adueñado de sus rostros, porque en cierto modo aún no comprendían lo que estaba ocurriendo.

En el propio aeropuerto de Orly, rodeados de gendarmes y contando con todas las ventajas... ¡tenían que entregarse! ¡No les quedaba más remedio que hacerlo, para salvar a Gentile de una muerte cierta!

Los ojos de los tres asesinos que quedaban vivos, llamaron casi a la vez. Habían obtenido una victoria inesperada, un triunfo con el que casi no se habían atrevido a contar. Ahora no solo el secretario de la Presidencia estaba en su poder, sino que además contaban con seis rehenes de la máxima importancia. Con siete, contando al extraño tipo de la silla de ruedas.

Y en verdad que este era extraño del todo.

No se había movido en todo aquel tiempo.

No tenía la menor expresión.

La voz metálica dijo en aquel pésimo francés:

—Venid aquí.

Todos se acercaron con las manos levemente alzadas. Todos menos el de la silla.

—¡Eh...! Ese también.

Fue entonces cuando Mac Coy tuvo un gesto completamente inesperado, cuando al fin pareció darse cuenta de lo que sucedía y trató

de salir de allí. Sus manos dieron un rápido impulso a las ruedas de la silla, aunque no movió el resto de su cuerpo. Envío a toda velocidad el artefacto contra las escaleras que llevaban al piso inferior.

Un poco más y consigue huir.

Pero uno de los asesinos se lanzó hacia él. Quería tener también a aquel tipo como rehén, porque suponía que era un personaje importante. Un fulano al que rodean cinco policías especiales, tiene que ser un pez gordo, por muy paralítico que esté.

Estaba bien lejos de sospechar que a Mac Coy lo rodeaban por otra cosa bien distinta.

La silla de ruedas dio un tumbo casi dramático, saltó por el aire y pareció reventar contra los peldaños. Mac Coy había logrado darle por unos momentos la fuerza de un coche. Estuvo a punto de quedar destrozada, pero la sólida estructura resistió. Era una silla de campeonato, destinada a durar mucho más que sus jorobados dueños. Incluso envolvía el cuerpo tan bien, que Mac Coy no salió despedido.

Las ruedas resbalaron junto a una de las paredes.

Parecieron empotrarse allí.

Los ojos quietos de Mac Coy —tan extrañamente quietos que parecían los de un muerto—, contemplaron a aquella especie de hiena frenética que se lanzaba hacia él. Un solo vistazo le bastó para darse cuenta de que era un árabe. Si el atentado contra un avión israelí no hubiera sido bastante prueba, aquella cara excitada, casi frenética, lo decía todo.

Una mano se posó en su garganta.

La apretó.

—¡Tú, maldito sifilítico...!

El árabe debía creer que Mac Coy estaba paralítico porque alguna enfermedad vergonzosa lo había ido corroyendo por dentro. Su limitada imaginación no daba para más.

Pero, desde lo alto de las escaleras, el compañero que llevaba sobre las espaldas a Gentile, gritó:

—¡Termina de empujarlo hacia abajo! ¡Nos concentraremos todos en ese bar! ¡Es el mejor sitio!

En efecto, mientras estuvieran allí, no podrían tirotearles por sorpresa. Había que disparar desde lo alto de las escaleras, y las escaleras las dominaban ellos con sus armas. Ni un suicida se hubiera atrevido a poner los pies allí.

Y además, ellos tenían los rehenes.

Eran los amos de la situación.

Podían imponer aún mejores condiciones que las imaginadas al principio. Habían triunfado en toda la línea.

La silla fue enviada abajo.

Mac Coy se bamboleaba como un fardo.

Elaine Normand rodó escaleras abajo.

La habían empujado brutalmente.

Sus piernas y lo que no eran sus piernas, se mostraron a los ojos ávidos de aquellos hombres.

Nunca habían tenido una presa tan apetitosa.

En los ojos de los tres hubo al mismo tiempo un extraño brillo.

★ ★ ★

Los dos camareros y los dos clientes que formaban todo el personal de la planta baja, intentaron huir al ver lo que se avecinaba. Desesperadamente, trataron de llegar hasta la única ventana, que daba a una zona de control de las pistas.

Pero ni uno de ellos llegó con vida allí.

Los atacantes no necesitaban tantos rehenes.

No hubieran podido dominarlos.

Dispararon fríamente contra las espaldas de los hombres que huían. Se oyeron gritos alucinantes cuando estos vieron su propia sangre saltar hacia los cristales de la ventana.

La escena volvía a adquirir visos de pesadilla.

La matanza a que se habían lanzado aquellos asesinos era delirante.

Pero nada podía frenarles ya. Al contrario, cada nueva víctima acentuaba aún más la sensación de horror que les podía dar la victoria. Los tres asesinos sonrieron al darse cuenta de que la situación les favorecía más y más, a cada minuto que pasaba.

—A la pared con las manos en alto... ¡Apoyad las palmas!

Los cinco policías obedecieron. Sabían que iban a cachearles y por el momento no podían ofrecer resistencia. La única que no se movió fue Elaine.

—¡Tú también, zorra!

Elaine hizo lo que le mandaban. Por primera vez en su vida tenía miedo y empezaba a no ser dueña de sus nervios. La sensación de pesadilla la dominaba minuto a minuto.

Se colocó de cara a la pared y apoyó las manos en ella:

Separó las piernas.

Si hubiese visto lo tentadoras que eran así las líneas posteriores de su cuerpo y lo sobresalientes que resultaban, hubiera comprendido la mirada viscosa que apareció en los ojos de los tres hombres.

Gentile, todavía K. O., fue arrojado al suelo.

Uno de los asaltantes lo vigiló con su arma, mientras vigilaba también la ventana y las escaleras. Pero la confusión en Orly era demasiado espantosa para que alguien se acercara por allí todavía. En realidad, las fuerzas que vigilaban el aeropuerto habían perdido la pista de sus enemigos en aquellos instantes.

Los otros dos se dedicaron a registrar. Ninguno de los policías llevaban más armas. Las manos se juntaron entonces en el cuerpo de Elaine.

Elaine Normand lo aguantó mientras se tragaba su propia rabia y su propio odio. Su instinto le dijo que eso no era nada y que lo peor podía ocurrir después, si permanecían allí demasiadas horas. Pero, por el momento, las manos ansiosas de los asesinos la fueron soltando poco a poco.

Uno de ellos bisbiseó:

—¿Quién ha sido...?

Se refería al que había matado a su compañero de dos balazos, en el piso de arriba. El que empleaba balas de metralla.

El otro señaló con el mentón a uno de los policías.

El que estaba en el centro.

El árabe disparó desde atrás.

La bala le atravesó la nuca en línea recta.

Le voló la cabeza.

Los otros se volvieron como un solo hombre. Sus dientes chirriaron. En aquel momento rio les importaba morir.

Uno de ellos llegó incluso a saltar.

Pero fue su último gesto.

Así como a su compañero le había entrado la bala por la nuca, a él le entró por la frente. El terrible impacto le inmovilizó. Con los ojos desencajados, fue hacia la barra del bar y quedó doblado en ella como un pingajo.

Los otros tres se estuvieron quietos.

Habían visto morir a dos compañeros en un instante.

Y sabían que ellos elegirían el mismo camino si hacían un solo gesto más. Ahora estaban desarmados y no podían elegir. Volvieron a retroceder hacia la pared.

También Elaine estaba quieta.

Solo sus senos se movían a intervalos, con un silencioso estremecimiento de horror.

El único que no parecía afectado por todo aquello era Mac Coy. Extrañamente, igual que si fuese una momia, asistía con la más absoluta indiferencia a aquel espectáculo miserable en el cual las vidas se ganaban o se perdían en unos segundos. Ni siquiera sus párpados se habían movido. Era como si no se diese cuenta de nada.

La propia Elaine había clavado en él una mirada de horror.

Sabía que aquella especie de cadáver era su propia obra. A un hombre, por fuerte que sea, se le puede destrozar con unos golpes bien dados, y los recibidos por Mac Coy en la columna vertebral pudieron haber resultado decisivos. El gigante que estaba sentado en la silla de ruedas era ahora simplemente un muerto que veía.

Uno de los asesinos gruñó:

—Los cinco juntos.

Los tres policías, Elaine y Mac Coy fueron colocados en un ángulo, a cierta distancia de las escaleras. Si alguien intentaba salvarlos, no podría verlos hasta el último minuto.

Por su parte, los terroristas se situaron también a poca distancia, vigilando de un modo especial las escaleras y la ventana. Las armas que llevaban eran «Brownin», de tipo «Hi-Power», adoptadas como armas de guerra por su magnífica precisión y su rapidez de disparo. Cada una de ellas ocultaba en el cargador nada menos que trece balas. Aquellos petardos pesaban un kilo cada uno y sus proyectiles de calibre 9 deshacían a un hombre. No se podía jugar teniendo delante de las narices la amenaza de aquellos cañones. Y los policías lo sabían. El único que no parecía saberlo era Mac Coy.

Las voces sonaron entonces arriba.

Empezaba el diálogo, en cierto modo, las negociaciones con las autoridades francesas.

Los terroristas sabían que tenía que ser así.

Una voz gritó desde lo alto de las escaleras:

—Soy el general Lacour y hablo en nombre del Estado francés. ¿Quiénes sois vosotros? ¡Exijo una respuesta rápida!

—Se ha terminado la hora de exigir —barbotó uno de los asesinos.

—¡Hablad, u os convertiremos en pedazos!

—También convertiríais en pedazos a Gentile y a los rehenes —dijo con calma glacial uno de los terroristas.

El general Lacour calló.

Se daba cuenta de que aquellos buitres tenían razón.

Uno de ellos dijo entonces en un francés pésimo, pero que fue entendido perfectamente por todos los que estaban allí:

—Somos miembros de una organización palestina.

—¿De cuál?

—Trabajamos para la libertad de nuestro país.

—¿A las órdenes de Arafat?

—La causa palestina no admite órdenes.

El general Lacour y todos los que oían el diálogo se dieron cuenta entonces de que los buitres que estaban abajo pertenecían a uno de los cien grupos —muchos de ellos sin ni siquiera nombre oficial— que pretenden ayudar a la causa de los palestinos en el exilio, difundiendo el terror en el mundo entero. Saber quién es el jefe, saber de quién dependen resulta a veces una tarea imposible. Además, sus mentiras son constantes. La única voz que dice la verdad, es la voz de sus armas.

El general Lacour siguió preguntando, mientras docenas y docenas de gendarmes, poderosamente armados, tomaban posiciones para el ataque:

—¿Es cierto que tenéis a Gentile?

—Si quieres, te enviamos su cabeza...

—¿Ha... ha... hay alguna relación entre esto y la muerte de Catroux?

—Claro que la hay.

—¿Qué relación?

—Catroux estaba dispuesto a negociar en firme con la delegación israelita enviada desde Haifa para la compra de armas en Francia. Estaba dispuesto a venderles sin límite vuestros mejores tanques y vuestros mejores aviones. Nosotros sabemos que todo ello se hubiera empleado en contra del pueblo palestino.

—¿Y... y la matanza de la iglesia de la Charité? ¿También tiene relación?

—Naturalmente. Todo forma parte del mismo plan.

—¿Qué plan?

—Demostrar nuestra potencia y nuestra organización. Demostrar que, en nuestro terreno, somos invencibles.

Lacour debió pensar algo gruesa; algo tan grueso que le amargó la boca, pero se lo calló. Sabía que cada minuto que pasaba, le favorecía. Estaba distribuyendo sus fuerzas como un anillo de fuego.

—Pero ¿por qué queríais demostrarlo? —preguntó, en tanto los gendarmes se acercaban en silencio a las escaleras.

—Para imponer nuestra voluntad. Para que nadie se atreviera a ayudar a los israelitas nunca más.

—¿Imponer vuestra voluntad por medio de la muerte, como en Múnich, como en Roma, como en Atenas, como en Tel Aviv...?

—La muerte es necesaria para la libertad de nuestro pueblo. Nadie nos ha dejado otra salida.

—¡Vuestro pueblo nunca conseguirá nada con esos métodos! ¡Lo único que hacéis es hundirlo para siempre, cochinos hijos de perra!

Los dos terroristas más cercanos dispararon a la vez contra el borde de las escaleras. Las balas silbaron a menos de medio paso de la cara de Lacour.

Pero este no se inmutó. Sabía que necesitaba ganar tiempo y que su misión era vital. Por ello preguntó con voz ya más tranquila:

—¿Matasteis en Nôtre Dame al presidente de la comisión israelí de compras por el mismo motivo?

—Si... Esa fue la única razón.

—¿Y la de imponer el terror?

—El terror es necesario.

Lacour sabía que no les iba a sacar de aquel esquema mental. Era como si estuviesen drogados. Y quizá lo estaban desde antes de hacer aquello. Con la voz más tranquila que le fue posible, preguntó:

—¿Qué pretendéis hacer con Gentile?

—Eso depende de vosotros.

—Gentile es un altísimo funcionario del Gobierno francés. Su vida no puede ser negociada.

—Entonces peor para él. Os dejaremos su cadáver en el borde de las escaleras dentro de cinco minutos.

—No... no he querido decir eso.

—Pues entonces hablemos como personas sensatas.

Lo de *personas sensatas* llegó al alma a Elaine Normand, que tenía los dientes apretados por el odio. Pero se aguantó. Permaneció casi en cuclillas, mientras sus manos arañaban el suelo.

—¡Necesito saber lo que pensáis hacer con Gentile y los demás rehenes! —barbotó Lacour, con voz ronca.

—Os hemos dicho que depende de vosotros.

—¿En qué sentido depende de nosotros?

—Tenemos unas condiciones.

—Decidlas...

—La primera, es que la delegación israelí que ha venido a comprar armas sea expulsada. Y que el Gobierno francés haga una declaración solemne en el sentido de que no quiere más peticiones de esa clase. Que no venderá a Israel ni un solo fusil viejo. Ni la grasa para conservarlo¹.

—Supongamos que se hace así —dijo Lacour, sin querer comprometerse a nada.

—También queremos el cuerpo de nuestro amigo muerto.

—Supongamos que lo tenéis —dijo Lacour, mientras pensaba: «¡Naturalmente! ¿Para qué íbamos nosotros a necesitar esa roña?»

—Quedaría una última condición.

—¿Cuál?

—Un avión reactor con su dotación completa.

—¿Para ir adonde?

—A Beirut.

—El Gobierno del Líbano no os admitirá. Ya ha tenido que vomitar bastantes veces sobre asesinos como vosotros.

Unos nuevos impactos en el borde de las escaleras indicaron a Lacour que aquellos tipos no estaban dispuestos a aguantar insultos. Comprendió que tenía que cambiar enseguida de táctica.

—La preparación de ese avión requerirá tiempo —dijo evasivamente—. He de hablar con las autoridades del aeropuerto.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. Os estoy diciendo que necesito hablar.

—Nosotros, en cambio, no hablaremos, general.

—¿No?

—Nuestro plan es muy sencillo. Si no se nos da lo que pedimos, cada media hora mataremos a un rehén. El tiempo empieza a contar a partir de... ¡ahora! De modo que dese prisa.

Lacour se estremeció hasta los huesos.

Sabía que aquellos esbirros decían la verdad. La táctica de asesinar rehenes inocentes la habían empleado alguna otra vez.

Eso fue lo que hizo decir al general con voz apaciguadora:

—Puedo dar una respuesta dentro de diez minutos; tal vez quince. Pero antes quiero saber lo que ocurriría con Gentile.

—Nos lo llevaríamos con nosotros.

—¿Para qué?

—Para estar convencidos de que no hay trampas ocultas. Una vez en Beirut se le devolverá la libertad.

—¿Y si no aceptamos esa última condición? ¿Si exigimos que Gentile se quede en suelo francés?

—Las condiciones se aceptan en bloque o se rechazan en bloque. No hay diálogo. O aceptáis esa también o empezamos a disparar justo dentro de... veintisiete minutos.

Lacour no contestó esta vez.

Por el contrario, dirigió una mirada en torno suyo.

Una docena de gendarmes especializados estaban allí. Llevaban máscaras antigás, granadas lacrimógenas, metralletas y cuchillos. Todos ellos eran expertos en la lucha cuerpo a cuerpo. Si se planteaba un choque con arma blanca, de los tres árabes de abajo no iban a quedar ni las uñas.

Lacour pensaba que aquellas cosas había que hacerlas al principio, antes de que los enemigos se organizaran. O muy al principio, o muy tarde, cuando estuvieran destrozados por la fatiga. Pero los palestinos de abajo no parecían dispuestos a llegar a ese extremo. Calculaban bien, el tiempo y tenían prisa.

El general hizo una seña en silencio.

Los doce hombres se lanzaron hacia abajo, con la fuerza de una carga de caballería. Las granadas les precedieron. Las metralletas asomaron por el borde de las escaleras, como silenciosas bocas de la muerte.

El ataque decisivo empezó. De él dependía todo.

Elaine Normand lanzó un alarido de muerte.

CAPÍTULO X

Si los gendarmes especializados pensaban atrapar por sorpresa a sus enemigos de abajo, la sorpresa la tuvieron ellos. Porque inmediatamente se encontraron con algo que no esperaban. En cuestión de segundos, una auténtica lluvia de granadas de mano pareció trepar por las escaleras. Las bombas cargadas de metralla estallaron materialmente a sus pies.

¡Y ellos solo habían empleado granadas lacrimógenas!

La sensación de sorpresa se mezcló a la sensación de muerte.

Varios cuerpos habían sido despedazados.

Los otros retrocedieron.

Una lluvia de balas de metralleta cubrió el suelo del piso inferior.

Pero los gendarmes no se atrevieron a disparar más allá, por temor a matar a los propios rehenes. Aquel era su punto flaco, y los palestinos lo sabían. Otras granadas llegaron casi hasta el sitio en que estaba Lacour, quien tuvo que lanzarse a tierra.

En cuestión de segundos, como en un parpadeo brutal, la batalla había terminado. El golpe de mano de Lacour acababa de fracasar. Jamás el general hubiera esperado una reacción tan contundente y tan rápida.

Claro que los de abajo estaban ahora envueltos por los vapores mefíticos del gas lacrimógeno, pero ese no era un enemigo invencible. Contaban con ello, y se estaban tapando las narices con unos preparados de algodón impregnado con un aldehído que facilitaba la respiración. Ciertamente que sus ojos lloraban y que apenas podían ver, pero eso duraría solo unos minutos.

Minutos con los que contaba Lacour para un nuevo ataque, pero no se atrevió a lanzarlo. En la confusión espantosa que se originaría, podía matar a todos los rehenes, y ese era el único riesgo que no podía correr. Sobre todo, estando abajo todo un secretario técnico de la Presidencia.

Sabía, además, que ahora las gestiones se habían paralizado.

Los palestinos de abajo no aceptarían nada si no era con pruebas por delante. Eso indicaba que quizá no tardarían ni media hora en ejecutar al primer rehén.

Y así fue.

Uno de los asesinos se volvió.

Apuntó al centro de la cabeza del policía que estaba a la derecha de Elaine.

El otro abrió mucho los ojos.

No podía creerlo.

Solo balbució:

—Pero...

La bala no le dejó seguir hablando, Le penetró entré las cejas.

El cadáver del policía rebotó hasta la pared.

Elaine lanzó otro grito de muerte.

Pero hubo algo que le impresionó quizá tanto como el macabro fin de otro de sus amigos. Fue el ver la expresión impasible de Mac Coy. Como si no sintiera nada, como si no se enterara de nada... *¿como si no pensara nada!*

Él también era un cadáver, un extraño cadáver que descansaba sobre una silla de ruedas.

El muerto fue arrastrado y lanzado hacia el borde de las escaleras. Lacour podía verlo desde su posición. A pesar de las dos estrellas de general que había en su uniforme, sintió que se estremecía de odio, de miedo y de impotencia.

Barbotó:

—Sucios hijos de hiena...

Eso servía de bien poco. La voz del asesino que había mantenido el diálogo con él, gritó:

—¡Antes he dicho media hora! ¡Pero a partir de este momento, va a ser cada quince minutos!

—¡Un momento! ¡Podemos llegar a un acuerdo!

—Ese acuerdo se demuestra con hechos.

—¿Qué hechos?

—¡No trates de ganar tiempo otra vez! ¡Queremos ver aquí a los de la misión israelí! ¡Queremos llegar a Beirut con ellos!

—¡Imposible! ¡No aceptarán!

—El Gobierno libanés no les va a causar ningún daño. Además, no pueden elegir. Si las autoridades francesas los sacan del país al mismo tiempo que a nosotros, no les queda más remedio que obedecer.

Lacour sudaba de angustia.

Con voz que no parecía la suya, gimió:

—Lo intentaré.

—Más vale, general. *¡Y ahora!*

—¿Qué declaración oficial debe hacer el Gobierno francés?

—Una promesa firmada por el propio presidente Giscard.

—¡El presidente Giscard no cede a las presiones!

—¡Pues que no ceda! ¡Ya han pasado cuatro minutos para la muerte del próximo rehén! ¡Solo quedan once!

Todos los que oían aquel diálogo sabían que los de abajo no bromeaban. Dentro de once minutos moriría otra víctima inocente. Por eso Lacour dijo con voz que intentaba mostrar seguridad:

—Lo gestionaré todo. Especialmente voy a tratar de que el reactor para salir de aquí, esté listo.

—Pero esa no es más que una parte, general. Todo por orden. Queremos que antes llegue la delegación israelí.

Lacour se daba cuenta de que aquella era quizá la condición más difícil, casi imposible, porque no podía obligar a unos súbditos extranjeros, acogidos a la hospitalidad de Francia, a entregarse a su enemigo. Desesperadamente intentó cumplir las otras dos condiciones para salvarse al menos de esa. Quizá si los palestinos se veían atendidos en dos cosas renunciarían a la tercera.

Desapareció de allí.

Sudaba de angustia. Jamás se había visto en una situación semejante, ni siquiera cuando su unidad se vio cercada en las Ardenas por los *panzer*, en 1944, siendo él un joven capitán. Ahora las piernas llegaban a temblarle mientras avanzaba hacia una de las salidas principales de Orly.

Los gendarmes vigilaban las escaleras. Al menos, otra docena de metralletas apuntaban cuidadosamente hacia abajo.

Pero nadie más se atrevía a descender.

Elaine tenía los ojos completamente desencajados.

Oyó que le decían:

—Allí.

—¿Qué...?

—Junto al paralítico.

Obedeció medio a rastras. Las piernas se negaban a sostenerla.

Y tenía los ojos llorosos a causa del gas. Cada vez que tragaba aire parecía como si le abrasaran los pulmones.

—Mac Coy...

Las facciones de Mac Coy seguían impasibles. Cualquiera hubiera dicho que ni siquiera notaba el gas.

Los tres policías empleados como rehenes, miraban aquello con ojos desencajados. También ellos empezaban a perder los nervios, como le había sucedido al general Lacour. Aunque estaban dispuestos a una acción desesperada, sabían que aquello significaría su fin. No se atrevían a mover un dedo.

Otro de los palestinos, ordenó:

—¡Ahí, junto a la pared!

Obedecieron en silencio. Unas gruesas gotas de sudor resbalaban por sus caras. Quedaban situados un par de pasos detrás de Elaine y la silla de ruedas, siempre vigilados por las pistolas de los palestinos.

No podían apartar su mirada de los muertos.

Había allí algo que les obsesionaba.

La muchacha había quedado arrodillada junto a las ruedas de la silla. Las fuerzas le fallaban por completo. No podía ni tenerse en pie. De pronto, le parecía que todo Orly era una inmensa tumba. Y algo de eso había. Resultaba extraño y opresivo aquel silencio. Todos los vuelos

habían sido desviados a Le Bourget y al modernísimo Charles de Gaulle, mientras que Orly quedaba hundido en un denso, en un maléfico silencio.

Fue la voz de Elaine Normand la que rompió, en parte, aquel silencio, para decir en un susurro:

—Lo siento, Mac Coy.

El apenas la miró.

Seguía teniendo los ojos perdidos en el vacío.

—¿Lo sientes? ¿El qué? —preguntó.

—La paliza.

—Estaba preparada, ¿no?

—Completamente preparada. Hasta el último detalle.

—Esos esbirros, ¿son policías de verdad?

—Sí. Pertenecen a una brigada especial que realiza trabajos de protección.

—¿Amigos tuyos?

—Sí.

—Muy amigos deben ser, para haber hecho eso...

—Yo sé lo pedí. Les dije que era el favor más importante que me podían hacer en sus cochinas vidas.

Hubo una casi imperceptible, una burlona sonrisa en los labios de Mac Coy. Pero, por lo demás, su cuerpo siguió espantosamente quieto.

—¿Con qué pensabas pagárselo? —susurró—. ¿No eran demasiados cinco hombres para ti, por muy zorra que tú seas?

El insulto no hizo reaccionar a Elaine. Sabía que quizá estaba viviendo los últimos minutos de su existencia. Dijo, con un hilo de voz:

—No pensaba llevar a mí alcoba a ninguno de ellos.

—Peor para esos bichos. Al menos podían haber tenido una compensación. Pero, ¿por qué lo has hecho?

—Hay cosas que quizá tú no recuerdas, Mac Coy.

—No las recordaré si tú no me las dices.

—Parece que mi apellido no significa para ti gran cosa...

—¿Cuál es tu apellido?

—Normand.

La cabeza de Mac Coy fue hacia atrás por unos segundos. No hubo ningún movimiento más en él. Quizá quería moverse y no podía. Su rostro reflejó por unos segundos una tensión espantosa, que enseguida fue decreciendo como si sus energías le abandonaran.

—Normand... —dijo con voz lejana, al cabo de unos instantes—. Yo conocí a una muchacha que tenía ese mismo apellido.

—¿Es todo lo que recuerdas?

—Bueno... Hará de eso un par de años...

—Demasiado tiempo para ti, ¿no?

—Nadie ha dicho que sea demasiado tiempo.

—¿No sabes lo que pasó con mi hermana Alice Normand?

—No. Nunca lo supe.

—Se suicidó.

La cabeza de Mac Coy se volvió un poco. Dio la sensación de que incluso para hacer aquello tenía que realizar un enorme esfuerzo. Y captó como una puñalada la mirada de odio de Elaine, una mirada que parecía estar más allá de la vida y la muerte.

—Creo que ahora lo entiendo todo —bisbiseó.

—¿Qué entiendes?

—Tú me haces responsable de esa muerte.

—¿Y no lo eres?

La voz de Elaine era tan incisiva y dura como su mirada. También parecía herir.

—No es un pecado del otro mundo tener un hijo con una chica soltera —dijo Mac Coy suavemente.

—No, hoy día ya no lo es. Pero quedan familias chapadas a la antigua como la nuestra. Queda gente que cree en el prestigio y en la moral. En nuestro ambiente, lo de Alice fue un golpe que nos dejó anonadados.

—Bueno... —susurró Mac Coy—. Yo siempre dije que el hijo que iba a nacer sería mío y que lo reconocería.

—No lo hiciste.

—Es que no vi más a tu hermana. Es la verdad...

De pronto apretó angustiosamente los bordes de la silla. Parecía no poder hacer más movimiento que aquel. Mientras volvía un poco la cabeza hacia Elaine, susurró:

—Pero todo eso es absurdo... Nadie se suicida hoy día por tener un hijo fuera de matrimonio. Ni incluso en las familias chapadas a la antigua como la vuestra; familias que creen en las apariencias y en todas esas cosas. Tu hermana Alice no tenía ningún motivo grave para proceder así. Ninguno.

—Es que no se suicidó en el sentido estricto de la palabra. Hay algo que quizá no he dicho bien.

—¿A qué te refieres?

—Alice quiso abortar. Fue a Londres a hacerlo. Estaba tan enamorada de ti que no quería obligarte a nada: no quería que tuvieses que hacer ni el mínimo gesto de reconocer a tu hijo.

—¿Y qué?

—El aborto marchó mal. Ella sabía que era peligroso, dado lo avanzado del embarazo, y sin embargo, lo hizo. En cierto modo, entregó su vida por no causarte molestias. Después de una hemorragia que nadie pudo cortar, ella y lo que pudo ser su hijo están sepultados en el cementerio de St. Mary, al sur de Londres. Hace una semana estuve ante su tumba. No vi ni una flor, ni un recuerdo. No se intuía allí la

presencia de una lágrima. Me di cuenta de una cosa: de que tú ni siquiera sabes dónde está el cementerio de St. Mary.

Mac Coy dijo lentamente:

—No. No lo sé.

Los ojos de Elaine chispearon. Otra vez brotó en ellos aquella llamita de odio. Con voz reconcentrada, balbució:

—Te estuve buscando durante bastante tiempo para escupirte todo mi desprecio, Mac Coy, pero eres un tipo que hoy está aquí y mañana allí. Resulta difícil seguir tu pista. Hasta que, de pronto, me vi ante la maravillosa oportunidad. Ibas a ser expulsado del país y yo podía ser la encargada de hacer ejecutar la orden. Entonces pedí a mis amigos que se apostaran en el aeropuerto y te dieran una paliza de muerte. Puede, de todos modos, que... que se nos haya ido la mano. Lo de los golpes en la columna vertebral ha sido simplemente, una cuestión de mala suerte.

—Pero supongo que tú no estás demasiado arrepentida —dijo Mac Coy, sin mirarla.

—No, no lo estoy. ¡Ojalá te pudras!

—Ya me estoy pudriendo —dijo él—. Esas hienas me partirán en pedazos sin que pueda defenderme.

La conversación, mantenida en voz baja y tensa, había durado unos cinco minutos. Durante ese breve tiempo, los terroristas se mantuvieron vigilando la escalera, especialmente, y sin prestar demasiada atención a sus rehenes. Pero el hecho de que dos de ellos cuchichearan les hizo pensar que preparaban algo. Eso les alertó, aunque resultaría curioso saber qué cosas puede preparar un hombre que está paralizado.

Uno de ellos se acercó con la pistola a punto.

Su mirada viscosa pareció atravesar el cuerpo de Elaine.

—Tú, zorra —dijo.

Elaine le miró con expresión desafiante.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó—. ¿Necesitas un cepillo para quitarte la roña de los dientes?

Aquella mano que tenía una dureza metálica, cayó sobre su cara dos veces. La sangre saltó de los labios rotos. Elaine Normand ni siquiera parpadeó.

Los ojos del palestino brillaban de odio, pero al mismo tiempo, brillaban de otra cosa que a la muchacha la asustó aún mucho más: brillaban de deseo.

—Parece que vamos a tener que esperar aquí mucho tiempo —dijo.

—¿Y... y qué?

Los labios de Elaine temblaban.

Se daba cuenta de algo en lo que no quería ni pensar.

Los ojos negros, profundamente negros y terriblemente viscosos recorrían una a una las líneas de su cuerpo.

—He hecho *eso* en sitios peores que este —dijo el terrorista, mientras tendía una mano hacia ella.

Y la sujetó por uno de los senos. Le hizo daño.

Ella se revolvió de dolor y de asco.

—¡Déjame, hiena...!

—A las hienas también nos gusta hacer el amor —dijo el asesino, lentamente—. Claro... Nos gusta mucho. Y las mujeres como tú son, para nosotros, un botín de guerra.

Seguía sujetándola férreamente. Le hacía más daño cada vez. Elaine sentía que el asco subía hasta su garganta.

Ninguno de los tres policías se atrevía a moverse. Sabían que no iban a tener ninguna oportunidad. Sus miradas hipnotizadas seguían las miserables maniobras de las manos de su enemigo.

Pero Mac Coy ni eso.

Mac Coy ni siquiera miraba.

Ya podían comerse cruda a Elaine Normand. Él no diría una sola palabra para defenderla.

El asesino musitó:

—Ven...

—No me llevarás a... a ninguna parte —gimió Elaine.

La mano cayó otra vez sobre su cara. Los dos nuevos impactos fueron terribles, hasta el extremo de que la muchacha tuvo miedo de que le hubieran destrozado la mandíbula. Bruscamente, notó que la sujetaban por el pelo y la arrastraban como se arrastra a una res muerta. Lanzó un grito de miedo que debió oírse en todo Orly.

Pero nadie podía ayudarla.

Ni los gendarmes de arriba, armados hasta los dientes.

Ni los tres policías de abajo, convertidos en muñecos indefensos.

Ni Mac Coy, transformado en un paralítico.

Nadie...

Convertida en un objeto cualquiera, en algo menos importante aún que un animal muerto, fue arrastrada hasta la puerta de uno de los lavabos. Sabía que allí iba a estar más indefensa que nunca. El palestino cerró a su espalda. Le dio un par de brutales culatazos para que no se defendiera.

Y empezó a quitarle la ropa a puñados rápidos, ansiosos, mientras gemía con anticipado placer; mientras cortaba el aire con sus gruñidos impacientes de bestia.

CAPÍTULO XI

Otro de los terroristas se había vuelto.

El oía muy bien aquellos gruñidos y sabía perfectamente lo que significaban.

Con voz que también denotaba impaciencia, advirtió:

—Luego me corresponderá a mí. Quizá tengamos que estar aquí más de una hora. Los tres tendremos tiempo...

Uno de los policías dijo, por entre sus dientes apretados:

—Siento no poder hacerle yo también ese favor a tu madre...

Los ojos del palestino relucieron.

—Tú serás el primero que muera —barbotó—. Tú mismo te has elegido.

El otro no se inmutó.

—Aunque quizá —dijo—, le haya hecho yo ese favor a tu madre, efectivamente. Ya no me acordaba de que cierta vez estuve en un lupanar de Bagdad. Era el más barato de todos. Las mujeres estaban llenas de roña. Allí conocí a tu madre.

Los dientes del terrorista crujieron.

Estaba visto que el policía que tenía delante quería morir. La mano armada con la pistola se alzó repentinamente. El dedo empezó a cerrarse sobre el gatillo...

Y entonces el palestino, cuando ya iba a disparar, vio algo extraño:

Vio la sonrisa de Mac Coy.

Una sonrisa beatífica.

Inocente, donde las haya.

Una sonrisa que parecía la de un niño que canta salmos en los colegios.

—¿También vais a matarme a mí? —preguntó suavemente Mac Coy.

—Cuando te llegue el turno...

—Es que quiero hacerte una proposición —dijo Mac Coy, con la misma expresión dulce.

—¿De qué clase?

—Es muy sencilla.

—¿Y en qué consiste?

—En que mueras tú primero... En que revientes tú primero, hermano. El buen Alá te tendrá en su gloria.

Y movió las dos manos.

Fue algo que el terrorista no esperaba.

De pronto, la parálisis se fue al diablo. Todo el cuerpo de Mac Coy

vibró en la silla. Las dos manos sujetaron el arma de su enemigo.

Este gritó algo ininteligible.

Tanto peor para él.

Si aquella era su última voluntad, se quedó sin que nadie pudiera cumplirla.

Porque Mac Coy hizo algo que el palestino no había visto nunca.

Y que no volvería a ver.

Después, de desviar la pistola con las dos manos, se la sujetó solo con una. Eso duró apenas medio segundo. Inmediatamente después le sujetó por el pelo con la derecha y le tiró brutalmente la cabeza hacia atrás.

El cuerpo del terrorista se tenía que mantener rígido a la fuerza, porque la izquierda de Mac Coy le impedía desplazarlo. Aquello era como un garfio de hierro. Mientras tanto, la cabeza fue hacia atrás, adelante, hacia atrás, adelante...

Fueron solo dos movimientos.

Los huesos crujieron siniestramente.

El cuello se partió en pedazos. De las vértebras cervicales de aquel tipo no quedó entera ni una.

Cayó como un fardo a los pies de Mac Coy.

Este no tenía más que un enemigo delante.

Y aquel enemigo no se había dado cuenta de nada.

Vigilaba las escaleras.

Mac Coy impulsó la silla de ruedas.

Fue hacia él como el que va en coche.

Con todas las comodidades.

Con toda la rapidez.

Con toda la mala baba.

El palestino oyó un ruido.

Fue a volverse.

Mac Coy dijo con voz suave:

—Estás en un sitio ideal para volar. Buen vuelo a la eternidad, hermano.

Y tendió el puño derecho.

Pareció como si no hubiera nada especial allí.

Solo el puño.

Pero el largo estilete, agudo como una lanza y delgado como una hoja de afeitar, que estaba oculto en la manga derecha de Mac Coy, salió disparado por entre los dedos. El hombre que estaba frente a él ni siquiera lo vio. Solo se dio cuenta, de repente, de que una cosa fría penetraba hasta el fondo de su garganta.

Bisbiseó:

—Nooooo...

Fue como un ronquido.

Mac Coy apartó el puño. Desclavó y volvió a clavar.

Ahora buscó el corazón.

Dijo suavemente:

—Anestesia rápida.

El segundo terrorista cayó a sus pies, hecho un ovillo. Mac Coy echó un poco la cabeza hacia atrás. En menos de diez segundos había matado a dos hombres.

Los policías miraban aquello desde su rincón.

Estaban como hechizados.

La perfección de los golpes, la sangre fría de Mac Coy, la maestría de cada uno de sus movimientos, les dejaban anonadados. No se atrevían ni a moverse. Estaban quietos allí, con la boca abierta, como si esperaran a recibir las órdenes del *maestro*.

Este se limitó a decir con suavidad:

—Quietos hasta que termine.

Y se levantó de la silla. Sus movimientos eran pausados, perfectos, flexibles. Los movimientos de un tigre en plena forma.

Uno de los policías se atrevió a barbotar:

—¿Pero no te hemos dislocado antes la columna vertebral?

—¿Vosotros? Qué más quisierais, maricas...

—¿Pues qué fue lo que hizo aquel crujido?

—Me rompisteis la petaca de *whisky* que llevaba en el bolsillo trasero de mi pantalón, idiotas... Menos mal que estaba vacía...

Y avanzó hacia la puerta de los lavabos tras la que se oía el jadear desesperado de la muchacha.

CAPÍTULO XII

El terrorista ya estaba a punto de llegar a lo mejor de su aventura. Realmente, le faltaba muy poco.

Un leve empujó y...

Pero, de pronto, se dio cuenta de que aquello no iba a suceder.

Ni empujón ni nada.

Un pie enorme le pisó la mano que mantenía cerca de la pistola y se la destrozó materialmente. Sus dedos quedaron convertidos en pulpa. Lanzó un alarido terrible que se debió oír en toda aquella parte de Orly.

Con los ojos desencajados, miró hacia arriba.

Y vio la sonrisa cuadrada de Mac Coy.

Sus dientes felinos.

Su mirada de verdugo que lleva tres meses sin cobrar y necesita hacer algún trabajo extra.

Fue a decir algo.

Barbotó un par de sílabas. Solo eso.

El pie enorme de Mac Coy se movió. Dejó de triturarle los dedos de la mano, lo cual siempre era un alivio.

Pero, en lugar de eso, le partió la mandíbula de un punterazo. El hombre cayó hacia atrás hecho un ovillo, mientras gemía entrecortadamente.

Mac Coy le puso entonces el pie en el cuello.

Solo necesitaba apretar.

Y lo hizo.

Mac Coy dijo cariñosamente:

—¡Y pensar que, en el fondo, yo te aprecio, hermano!

Dejó de apretar.

El otro respiraba ansiosamente.

Miraba al gigantesco Mac Coy como si este fuera una pesadilla.

Mac Coy chascó dos dedos.

—Tanto te aprecio —dijo—, que voy a darte una oportunidad para salir de aquí con la piel entera.

—¿Y... mis amigos?

—Tus amigos han reventado, hermano. Me dieron un saludo para ti antes de morir. No sabes la suerte que has tenido. En este momento te contemplan desde la gloria.

El árabe tuvo un violento impulso de rebelión. Se dio cuenta de que aquel buitres decía la verdad. Intentó sacar con un gesto de desesperación la última bomba de mano que quedaba en su cinto.

Allí volarían todos.

Pero los dedos de Mac Coy se la arrebataron.

Pareció no hacer ningún esfuerzo.

Bruscamente le sujetó también por el pelo, le echó la cabeza hacia atrás como si fuera a romperle también el cuello. El otro abrió la boca con un espasmo de dolor.

Y el ademán de Mac Coy fue casi cariñoso. Le metió la granada en la boca. Se la metió tan al fondo, que el otro se ahogaba y no podía escupirla.

Luego le dio un puntapié para volverlo de espaldas.

Le sujetó las manos por detrás.

Y con su propio cinturón se las inmovilizó. Todo aquello sucedía con una rapidez sorprendente, pues desde que Mac Coy entró en el lavabo apenas habían transcurrido treinta segundos.

De un puntapié enderezó al árabe, obligándole a andar.

—¡Me bastará disparar contra la anilla desde cierta distancia para que la granada explote! —dijo Mac Coy, con calma glacial—. A mí no me ocurrirá nada, pero a ti te desaparecerá la cabeza. Una muerte dulce, puesto que al fin y al cabo, se debe sufrir muy poco. ¿Esto no te hace feliz?

El otro temblaba como un agonizante.

Sus ojos desencajados no indicaban miedo, sino desesperación. Sabía que había fracasado estruendosamente y que por lo tanto no merecía vivir. Sus propios compañeros le escupirían a la cara. El pueblo palestino no perdonaba a los que fracasaban y volvían vivos. Los comandos suicidas solo tenían dos caminos: o triunfar o morir.

Y él quería triunfar.

Cualquier oportunidad que tuviese la aprovecharía. Pero para eso necesitaba tiempo, tiempo, tiempo...

Mac Coy chascó dos dedos.

—Dime —susurró—, ¿no te hace feliz?

Los ojos desesperados del otro le dieron la respuesta.

El palestino hacía esfuerzos desesperados para escupir la bomba.

—Yo te ayudaré —dijo Mac Coy.

Y se la arrancó bruscamente.

Tanto que, a causa de los entrantes y salientes de la granada de piña, se la sacó con media dentadura.

El terrorista cayó de rodillas. Estaba estremecido de dolor. Mac Coy se acercó con una calma glacial. Por un momento pareció dispuesto a destrozarle a puntapiés lo que quedaba de su boca.

Pero no lo hizo.

Con voz pausada explicó, como si estuviera hablando con un alumno demasiado tonto para entender las cosas a la primera:

—Yo sentía dolor en todo el cuerpo y no me pareció mala idea lo de

la silla de ruedas, pero desde el momento en que os vi a vosotros comprendí que aquel era un magnífico sistema para parecer inofensivo y para que no me liquidaseis a mí primero. La fuga que fingí llevar a cabo fue solo para dar aún más la sensación de ser un pobre tipo. Y ahora te explicaré mi plan.

—¿Un... plan?

—Tú debes tener unos jefes.

—Mi jefe es... es...

—Sí, ya lo sé. El pueblo palestino. Pero eso es un cuento que ni tú mismo crees. El pobre pueblo palestino se va a ir pudriendo mientras vosotros lo *defendéis* con las únicas armas que, en definitiva, la humanidad no aceptará: los asesinatos y el terrorismo. Pero hay algo más: estáis tan divididos que ni vosotros mismos sabéis quién os manda. Algunos os llamáis marxistas y jamás habéis oído hablar del marxismo. Habláis de libertad y servís a viejos señores feudales, dignos de la Edad Media. Os manifestáis pro-chinos en algunos casos y no tenéis ni idea de que vuestros señores y jefes, acaso de estar en China, ya hubieran sido ejecutados por el elegante sistema del sablazo en la nuca. Lo siento por vosotros, pero no sabéis adónde vais: os utilizan. Y a vuestro grupo lo está utilizando alguien que no es precisamente el pueblo palestino.

El terrorista le escuchaba con la palidez de un muerto.

Quizá no le entendía.

Pero al menos estaba claro que Mac Coy sabía adónde iba, mientras que él no. El solo mantenía en su pequeño cerebro la idea febril de que necesitaba ganar tiempo.

Mac Coy continuó:

—Quiero saber quiénes son tus jefes.

—Nadie... me lo ha dicho.

—Pero tú has recibido órdenes en Francia.

—Si...

—Y tienes un sitio a dónde ir, en el caso de que las cosas marchen tan mal que necesites aquí un refugio.

El palestino no se atrevió a negarlo. Y hasta tuvo la brusca sensación de que aquello quizá significara una salida *in extremis*. Si él consiguiera llevar hasta allí a aquel buitro de Mac Coy...

—Tengo un sitio —dijo.

—¿Dónde?

—Cerca de Barbizon.

Mac Coy sonrió heladamente. Guardó la pistola que había arrebatado a su enemigo, una magnífica «Radom M-35» de nueve milímetros, de fabricación polaca.

Ahora el palestino estaba desarmado. Los papeles se habían invertido por completo.

—Sal de aquí —dijo.

—¿A... adónde?

—Ya lo verás.

Le empujó fuera. Los ojos del único atacante que quedaba vivo contemplaron como si fueran producto de una alucinación los cadáveres retorcidos de sus compañeros. Vio también a los tres policías, que le miraban como si fueran a saltar sobre él y convertirle en pedazos.

Mac Coy pidió:

—Quietos.

—¿Qué vas a hacer? —masculló uno de los policías—. ¿Por qué no lo matamos aquí mismo? ¿A qué esperas?

—No sé quién es más salvaje: si este tipo o vosotros —dijo suavemente Mac Coy.

—¿Qué pretendes?

Él contestó con otra pregunta:

—El general Lacour y los de arriba, siguen creyendo que nada ha cambiado y buscan una solución, ¿verdad?

—Sí. Deben estar preparando un avión para que esa gentuza huya. No saben aún que la gentuza ha muerto.

—Yo acompañaré a este tipo —dijo Mac Coy.

—¿Quéeee...?

—Él me llevará a la guarida de sus jefes.

—Pero... no va a poder hacerlo. En cuanto salga y vean que está desarmado, caerán sobre él o lo matarán sin más rodeos.

—No se darán cuenta de que va desarmado.

—¿Qué... pretendes?

—Dadle una pistola de esas que hay en el suelo.

—¿Va bien una «Browning Mach»?

—Sí, pero sin balas.

Los policías fueron entendiendo. Aquello les parecía una locura, pero se daban cuenta al mismo tiempo de que todas las locuras eran posibles con un tipo del calibre de Mac Coy.

—Quieres fingir que te amenaza, ¿no? —preguntó uno de ellos.

—Eso es. Y que me obliga a salir con él.

—¿Qué hacemos nosotros mientras tanto?

—Fingid que os ha liberado. No necesito vuestra ayuda. Al hacer declaraciones, decid que a mí se me ha llevado a la fuerza. Cuando esto haya terminado, si es que termina, explicaremos la verdad.

—Tendríamos que actuar todos juntos, Mac Coy. Necesitas nuestra ayuda.

—No, porque un grupo jamás lograría salir de aquí. Un solo hombre que finja ser prisionero de un terrorista, sí que puede salir. Hace falta, además, que sus jefes crean al verme que estoy perdido. Va a llevarme a su guarida.

Y entregó la pistola descargada al palestino. El llevaba en uno de los bolsillos de su americana la «Radom» polaca con todo el cargador completo, una bala en la recámara y el seguro quitado. Podía matar a su enemigo con solo un gesto, mientras que su enemigo nada podía contra él.

Pero hacía falta que los papeles parecieran invertidos. Ahí radicaba el éxito que esperaba conseguir Mac Coy con su maniobra suicida.

Sabía que el terrorista también se jugaba allí la última carta. Llevándole a su guarida, tenía grandes posibilidades de matar a Mac Coy y quedar libre. Por lo tanto le convenía el trato.

Mac Coy dijo amablemente:

—Vamos a salir juntos, hijo de zorra. Tú me apuntarás. A la vista de todos, voy a ser el último rehén. Tú prisionero. Anda, hiena sarnosa. Anímate...

—¿Y si trato de escariar?

—Te mataré, muchacho. Será un placer clavarte en la barriga esas balas del nueve una a una. Pero tú no vas a intentar huir mientras estés cerca de Orly... Sabes que te queda una oportunidad por jugar y vas a tratar de aprovecharla. ¡Arreando!

Fue hacia las escaleras.

Los demás le seguían con mirada hipnotizada.

Mac Coy no se había vuelto para contemplar a la chica.

Como si esta no existiera.

El palestino se situó tras él, apuntándole con su pistola. Pero nadie sabía que estaba descargada; nadie sabía que aquello era un juguete.

Fingiéndose miedo, Mac Coy, gritó:

—¡No tiréis!

Hizo bien en avisar.

Los gendarmes de arriba bajaron sus metralletas.

Las figuras de Mac Coy y su enemigo aparecieron entonces en las escaleras. El joven se dio cuenta de la cantidad enorme de gendarmes, de militares, de policías especializados en golpes de mano que había allí. A través de una de las ventanas, se distinguía un camión de comandos que acababa de llegar. Un verdadero ejército se movilizaba contra tres hombres que solo tenían una cosa a su favor: los rehenes.

Pero aquel ejército nada podía hacer.

Mac Coy se daba cuenta de que ese era trabajo para un solo hombre.

—Bajad las armas —pidió—. Este tipo me va a sacar de aquí.

El palestino se pegaba a él.

Sus ojos desencajados, miraban a todas partes.

Y se oían los susurros, las voces apagadas de docenas de hombres que aún no habían comprendido la situación.

—Solo queda un rehén...

—Los otros deben haber muerto...

—Y ese cerdo va a huir con su prisionero...

—Deberíamos matarlo. Podríamos hacerlo...

—Una buena bala en la cabeza y...

—No sería inútil. Llegaría a tiempo de disparar, aunque fuera con un simple movimiento reflejo.

—Y deben quedar otros abajo... Otros asesinos con los demás rehenes... Los acribillarán si nos oyen disparar.

Por todas esas razones, los gendarmes y los militares se estaban quietos. Mac Coy pasó tan cerca, que casi los rozaba. Sentía en su espalda el cañón de una pistola que no podía hacerle ningún daño.

Pero él fingía miedo.

Con voz velada pidió:

—Por favor...

Una de las puertas estaba ante sus ojos. Todo parecía vacilar ante los dos. Al menos una docena de comandos armados con cuchillos les esperaban fuera.

Un solo grito y el cuerpo del palestino se hubiera convertido instantáneamente en rodajas de salchichón para hacer bocadillos.

Pero nadie se movió. Los ojos estaban fijos en la cara pálida de Mac Coy y en la pistola que le apretaba por la espalda.

El propio Mac Coy pidió:

—Un coche. Y que nadie nos siga.

Dos hombres armados de metralletas se apartaron. En sus ojos se leía la rabia que les producía no poder disparar. Un poco más allá apareció un «Simca Matra», de motor central. Era un bólido al que resultaría muy difícil alcanzar si se lanzaba a todo gas por una carretera francesa. Ni que los palestinos lo hubieran encargado especialmente para poder huir con seguridad.

Tenía tres plazas, pues en ese tipo de coche, excepcionalmente, el volante quedaba situado en el centro. Por lo tanto, aún sobraba una.

Mac Coy dijo con voz queda:

—Conduciré yo.

Los dos penetraron en el bólido. Se hizo vía libre. La boca de una metralleta manejada por un comando, se acercó a la ventanilla.

Mac Coy susurró:

—Por favor... que nadie nos siga. Va mi vida en esto... Si se da cuenta de que corre peligro, disparará.

No obtuvo respuesta, pero se dio cuenta de que el oficial le había comprendido. El motor del «Matra» rugió. El camino quedaba despejado, en todo lo que podía abarcar la vista.

Había camiones a ambos lados. Y hasta un tanque ligero.

Los mejores elementos de que disponía la guarnición militar de París estaban allí, esperando una simple orden para sembrar la muerte.

Pero esa orden no llegó. El «Matra» se perdió en la carretera

solitaria. Todos los alrededores habían sido evacuados por las tropas.

Mac Coy conducía con la mayor tranquilidad, aunque sabía que el palestino podía tratar de atacarle. Pero, si lo hacía, tanto peor para él. Le vaciaría todo el cargador en el vientre, antes de arrojar al asfalto lo que quedara de su cuerpo.

Y algo muy parecido a eso, fue lo que ocurrió. El árabe quiso probar su oportunidad, ya que le pareció que ahora la tenía. Al darse cuenta de que Mac Coy tenía las dos manos ocupadas por el volante, le sujetó rabiosamente el cuello para tratar de estrangularle. No le importó pensar que así se matarían los dos. Lanzó un grito, mientras le empujaba con todas sus fuerzas al otro lado del coche.

Mac Coy ya lo esperaba. Por eso no se inmutó.

Mientras dominaba el volante con la mano izquierda movió el codo derecho y lo clavó en el estómago de su enemigo. Luego frenó bruscamente, lanzándose a un lado de la carretera. El bólido estuvo a punto de volcar.

Mac Coy empujó a su enemigo. La puerta, que no estaba asegurada, se abrió como si la hubiera empujado la biela de una locomotora.

El árabe rodó por tierra.

Todo su esqueleto pareció crujir, mientras se ponía en pie de un salto. Intentó la huida. Saltó sobre la hierba en un desesperado intento de llegar a un cercano bosque.

Mac Coy se lanzó a sus pies. Lo derribó, después de sujetarle los tobillos. Cuando lo tenía de bruces en el suelo, le propinó un terrible golpe en los riñones, con las dos manos abiertas. Su enemigo estuvo a punto de escupirlos por la boca.

Mac Coy se puso en pie.

Le pisoteó dos veces la cabeza, hundiéndola en la tierra. Cuando el otro ya no podía más, le propinó un terrible puntapié al mentón y lo dejó seco. Luego lo arrastró, poco a poco, hacia el coche.

Vio que algo había quedado sobre la hierba.

Mac Coy regresó sobre sus pasos. Lo recogió. El rostro del hombre que estaba en la fotografía parecía mirarle desde más allá del tiempo.

Mac Coy volvió a guardar aquel retrato.

Con gestos pausados, introdujo a su destrozado enemigo en el coche, mientras decía, con voz de buen chico:

—Vamos, hombre... Que por un poco de masaje, aunque te lo haya dado con los pies, no se desmaya nadie...

CAPÍTULO XIII

Ahora ya no podía dominar sus pensamientos mientras volaban por la carretera solitaria. Ahora el rostro reproducido en la fotografía y lo que había oído decir de Alice, hacían que sus ojos se enturbiaran, en tanto el «Matra» devoraba las millas.

No se veía ni un helicóptero sobre sus cabezas.

En apariencia, estaban solos y no les seguía nadie, pero Mac Coy se hallaba convencido de que les observaban desde gran altura y les estaban fotografiando con máquinas de gran precisión. Un «Matra» es un coche inconfundible y, además, la carretera debía haber sido despejada a propósito para que no se perdiera su pista.

Ahora, el palestino guardaba silencio. Sus riñones estaban tan destrozados, después de los golpes, que no se atrevía ni a mover la cintura.

Pronto llegarían a Barbizon.

Mac Coy conducía con manos tan firmes como si fueran de acero, pero tenía la mirada perdida.

Le parecía ver ante sus ojos el rostro de Albert, su mejor amigo. Le parecía ver, dibujada en el vacío, la cara del hombre cuya fotografía guardaba en uno de sus bolsillos. Y le parecía, también, volver a oír su voz.

«Tienes que ayudarme, Mac Coy... Yo tengo un alto cargo en el servicio de investigación militar. Pronto voy a ascender... Y terminarán echándome, si me condenan, por estupro, los tribunales franceses. Si me imponen, aunque solo sean seis meses de cárcel, por haber engañado a una mujer. Tienes que ayudarme...»

Sí, estas habían sido casi exactamente las palabras de Albert en un tiempo que ya parecía tan lejano. Y no dejaba de tener gracia. Albert, el agente serio, intachable, cumplidor, admirado por sus jefes, le estaba pidiendo ayuda a él, el irrecuperable, el perdido...

—Tonterías —había dicho Mac Coy—. Ya no llevan a un hombre ante los tribunales por esas cosas. Y las propias chicas no les dan importancia.

—Esa sí. Bueno... No exactamente ella. Su familia.

—¿Son chapados a la antigua?

—¿Los familiares de Alice? Terriblemente.

—¡Ah, de modo que se llama Alice...! Pero no creo que la situación sea tan grave. Ella ha consentido tener relaciones sexuales contigo, ¿no?

—Claro que ha consentido.

—Pues entonces, es asunto vuestro. ¡Al diablo los jueces! ¡Al diablo la familia!

—Es que Alice va a tener un hijo, Mac Coy. Debí haber empezado por ahí.

Mac Coy recordaba su propio gesto, como si lo estuviera viendo en un espejo. Recordaba el fruncimiento de sus labios. Recordaba sus palabras, dichas con voz inexpresiva:

—Pues cástate con ella.

—No puedo, Mac Coy —había contestado Albert.

—¿Por qué?

—Un agente del servicio secreto no puede casarse con una extranjera sin permiso especial... Si lo hiciera, anularían mi próximo ascenso y lo cambiarían todo. Mi carrera convertida en cenizas... Sí, claro que harían eso. Pero va a ser peor, si la familia me lleva ante los tribunales. Pueden hacerlo, porque yo di a Alice palabra de matrimonio. Verdaderamente la engañé. Y esos engaños son punibles según la ley, cuando la mujer tiene menos de veintiún años.

—De modo que le diste palabra de matrimonio...

—Desgraciadamente, sí. Y la familia puede probarlo.

—Eres un cerdo, Albert y, al mismo tiempo, eres un inconsciente, pero no tengo mejor amigo que tú. Al fin y al cabo, ¿qué quiere la familia de esa chica? ¿Qué el hijo sea reconocido?

—Por lo menos, eso.

—¿Te conocen a ti?

—Personalmente, no.

Mac Coy había sonreído. Recordaba muy bien que todo aquello había terminado en una carcajada ronca, en la que parecía burlarse de sí mismo.

—Perfecto, muchacho... Tú llevas camino de ser un gran hombre y yo llevo camino de ser un gusano. Cuando a un agente como yo le empiezan a expulsar de tantos sitios, acaba mal. Y cuando los altos jefes se dan cuenta de que ese agente no comparte los ideales porque todo le parece un juego sucio, acostumbra a acabar peor aún. Tú llevas camino de convertirte en un gran personaje y yo no soy más que Mac Coy, el perro, tu mejor amigo. Si lo que quiere esa muñeca es encontrar un padre, me ofrezco voluntario yo.

Y así había empezado todo. Así había dado Mac Coy un paso más hacia abajo, para salvar a un amigo que tenía un brillante porvenir.

Luego, Albert desapareció.

Se lo tragó la niebla.

Se convirtió en un alto personaje, en Washington, y no hizo a Europa más que escapadas aisladas durante las que nunca se tropezó con Mac Coy. Tampoco se había tropezado Mac Coy con la mujer a la que estaba unido, con Alice Normand, a la que suponía ya una dulce y

confortable muchachita burguesa que dedicaba todos los afanes a su hijo.

Cuando Elaine le contó la verdad, casi no podía creerlo.

Aquella inesperada decisión de abortar para librarse de su compromiso.

Y las complicaciones que siempre pueden surgir en esos casos.

Y la muerte...

Mac Coy tragó saliva, penosamente.

Dulce y desgraciada Alice Normand...

... ¡Al diablo!

Intentó no volver a pensar en ella. Procuró concentrarse en la carretera. Notaba que el palestino se había recuperado y que tenía los ojos clavados en él.

—Has estado muy pensativo —dijo el asesino—. ¿Qué pasa? ¿Es que un tipo como tú, tiene malos recuerdos?

—Nada de eso. Son buenos recuerdos —dijo Mac Coy, con voz casi dulce.

—¿Recuerdos de qué clase?

—¡Hum...! Me estaba acordando de que, cierta vez, ahorqué en California un hombre como tú.

Al asesino no le hizo ninguna gracia aquello. Sus facciones se crisparon. Mientras hacía un gesto de dolor, gruñó:

—No vas a conseguir nada...

—Por lo pronto, ya he conseguido enviaros al diablo a todos vosotros. Aunque doy por descontado que estáis en relación con todos esos que han cometido los brutales asesinatos de estos últimos días...

—No te equivocas en nada. El plan ha sido nuestro.

—¿Ha logrado huir alguien?

—Un tipo llamado Janot, pero el avión en que huía capotó en la costa del Canal. Lo supimos media hora antes del ataque. Janot ha muerto.

Mac Coy, por supuesto, no sintió la menor tentación de llorar la muerte de aquel tipo. Si había caído de cabeza en la última cloaca del infierno, mejor que mejor. Y prestó toda su atención a la carretera, porque debían estar llegando a Barbizon.

De pronto sus ojos se entrecerraron.

Había un control allí.

El primero que encontraba.

Dos gendarmes con sus motos estaban cortando aquella estrecha carretera departamental. Cada uno de ellos llevaba una metralleta. Los aparatos de radio de las motos indicaban por qué clase de medio habían recibido las noticias de la fuga.

Mac Coy calculó rápidamente sus posibilidades. Ninguna.

El «Matra» es un coche con muy poca protección en ese sentido. Su

delgada chapa puede quedar cribada en unos segundos. Y eso sería exactamente lo que iba a suceder, en cuanto no se parase: los dos gendarmes vaciarían todos sus cargadores en el vehículo.

El asesino, a su lado, barbotó:

—Si no nos paramos, será peor...

—¿Tienes miedo de que te maten, so rata?

—No veo ninguna necesidad... de que me maten ahora.

Mac Coy asintió. Era verdad. Si los motoristas estaban enterados de lo que sucedía, como era de esperar, él les pediría que le siguieran dejando paso.

Se detuvo.

Las bocas de las metralletas entraron por las ventanillas, una por cada lado.

Y una voz chirriante, áspera; una voz que en modo alguno era la de un francés, pero sí la de un árabe, indicó a Mac Coy:

—Ya has llegado bastante lejos con nuestro amigo. Baja...

CAPÍTULO XIV

Por unos momentos, Mac Coy quedó aterrado. Hasta aquel minuto exacto había creído encontrarse con dos agentes de la ley, pero ahora se daba cuenta de que... ¡de que los dos falsos gendarmes también formaban parte de aquella maldita banda!

Las manos de Mac Coy estaban algo separadas del volante.

Supo que no iba a tener tiempo ni de sujetarlo otra vez.

Las balas de la metralleta le convertirían antes la cabeza en una masa de sangre, sesos y huesos astillados. El cañón se estaba clavando casi en su sien izquierda.

Uno de los falsos policías gruñó:

—Abajo.

Mac Coy miró asombrado al palestino que estaba junto a él. Y de pronto comprendió por qué sus amigos sabían la ruta que iba a seguir. Por qué habían sabido localizarle con tanta exactitud. El inofensivo instrumento que llevaba en uno de sus bolsillos, el encendedor, era en realidad un emisor-receptor de radio.

—Por las ondas que esto desprende continuamente, pueden localizarme —explicó el árabe, con una sonrisa helada—. Este aparato de radio ha marcado la ruta que yo seguía en cada momento. Ellos no han tenido más trabajo que cortarla en el punto que más les ha convenido.

Mac Coy se dio cuenta de que estaba listo.

Había caído en una trampa con la que no contó. Pensaba que quizá la auténtica policía daría con ellos, pero no los propios miembros de aquella banda de asesinos. Y ahora estaba en su poder. Ahora no podía hacer un solo movimiento para defenderse, so pena de convertir su piel en un mostrador de botones rojos.

El falso gendarme que le estaba apuntando dijo, rabiosamente:

—Te he mandado que bajas...

Y le golpeó en una sien con el cañón. Estaba nervioso y no quería perder un segundo. Mac Coy se dio cuenta instantáneamente de que esta era su única ventaja.

Fue a descender.

Pero el palestino que estaba a su lado le quitó la pistola. Mientras sus dientes rechinaban de odio, barbotó:

—Quiero ser yo quien le mate... Quiero hacerle reventar ahora mismo...

Le apuntaba al centro de la cabeza. Los dos estaban ahora en pie ante el «Matra». Solo el coche los separaba, mientras el dedo se cerraba

ya sobre el gatillo.

Uno de los falsos gendarmes barbotó:

—Espera... ¡Nos interesa! ¡Sigue siendo un rehén!

—Al infierno los rehenes. Más útil nos resultará muerto.

Y apretó el gatillo.

Seguía apuntando al centro de la cabeza de Mac Coy.

Estaba seguro de que iba a acertar.

Pero ocurrió algo que no llegó a comprender. Algo que no comprendería nunca, ni siquiera en los paisajes del Más Allá. De pronto, el «Matra», un coche tan bajito que parece arrastrarse por el suelo, basculó sobre él. Nunca el asesino había visto una fuerza semejante.

Lanzó un grito.

La bala había fallado.

Pero no era eso lo que le parecía increíble. Lo que no podía comprender... ¡era que un hombre pudiera hacer volcar un coche así, con solo la fuerza de su pie derecho!

Eso era lo único que utilizaba Mac Coy.

Claro que no logró hacerlo volcar. Hubiera sido demasiado esfuerzo para un hombre solo.

Consiguió en cambio, al hacerlo bascular sobre su enemigo, que este estuviera a punto de caer y fallase el tiro.

Los dos falsos policías lanzaron una maldición, a la vez.

Apuntaron con sus metralletas a Mac Coy, pues al ver que su compañero iba a matarle ya habían bajado las armas. Mientras tanto, Mac Coy se dio cuenta de que el de la «Radom» iba a disparar otra vez. Se había rehecho y ahora ya no fallaría.

Muerto por muerto, se lo jugó todo a una carta desesperada.

Saltó febrilmente de costado.

Su rapidez fue alucinante. No llegaron a verle. Su cuerpo pareció disolverse en el aire.

Claro que en realidad no había podido ir muy lejos. Estaba resbalando sobre el capó del coche, después de la caída, a menos de dos pasos de las bocas de fuego de las metralletas. Los dos falsos gendarmes ya no tuvieron tiempo de reaccionar y dispararon rabiosamente.

Todo el precioso automóvil quedó acribillado.

Mac Coy tenía que haber estado en el camino de las balas, pero no era así. Se encontraba ahora en la parte delantera del «Matra», caído en el suelo. Le pareció que el coche se estremecía como un ser vivo al recibir la lluvia de balazos.

Y adivinó inmediatamente lo que iba a ocurrir.

Dio otro salto con toda la fuerza de sus músculos, con todo el vigor de su sangre. Y con toda su desesperación, todo hay que decirlo.

De pronto, el vehículo se convirtió en una bola de fuego. Las balas,

que casi llevaban la temperatura del rojo vivo se empotraron a chorro en el depósito, convirtiéndolo en un colador. Y la gasolina francesa de 98 octanos es una de las más perfectas que se venden.

El «Matra» se deshizo.

Una inmensa esfera luminosa taponó la carretera. Pedazos de plancha saltaron. El techo fue despedido a gran distancia.

Y en medio de aquella bola de fuego... ¡había siluetas que se movían!

¡Se oían gritos lacerantes!

¡Llegaba hasta las entrañas el olor a muerte!

Mac Coy se dio cuenta de que sus tres enemigos, sin darse cuenta a tiempo de lo que iba a suceder, acababan de ser atrapados en aquel infierno. Oyó por dos veces el estampido de la «Radom», mientras el terrorista del aeropuerto volvía a disparar rabiosamente, aunque sin saber adónde. Luego la pistola cayó de entre sus dedos, mientras también lanzaba un grito de muerte.

Los dos falsos gendarmes también trataron de escapar.

Chocaron entre sí. La maraña de hierros retorcidos les convirtió en sus prisioneros. El chorro de fuego se extendió por toda la pista.

Mac Coy mismo recibió en el traje algunas gotas de líquido inflamado, pero por fortuna para él, estaba a cierta distancia. Se puso en pie de un salto mientras corría hacia una de las motos.

Mientras saltaba sobre ella y salía disparado de allí, lo que quedaba del depósito del «Matra» terminó de estallar. Las figuras metidas en el fondo de aquel horno se hicieron más borrosas. Mac Coy dijo sin volverse:

—Y encima el Gobierno recomienda que se ahorre gasolina...

CAPÍTULO XV

Una sola cosa estaba clara en su cerebro, después de salir de allí. Un solo pensamiento le trastornaba mientras daba gas a la moto y se lanzaba por la carretera a una velocidad suicida.

La guarida de aquellos asesinos, de la que le había hablado el tipo al que sacó de Orly, tenía que estar muy cerca. Los dos falsos gendarmes no habían tenido tiempo de prepararse y además llegar desde un punto alejado. Por fuerza tenía que tratarse de alguna casa que estaría junto a la carretera.

Y de repente la vio. Comprendió que tenía que ser aquella. La granja construida dos siglos atrás, era una auténtica fortaleza, y al parecer no la ocupaba ahora nadie. Sus ventanas rotas y desnudas, sin cristales, daban la sensación de un lugar totalmente abandonado. Pero había algo que indicaba que no lo estaba del todo o al menos no lo había estado poco tiempo atrás: huellas de coches.

Alguien había estado allí recientemente.

Mac Coy se acercó a toda velocidad.

Aquel era su *sitio*.

Dio más gas. La moto era una «Morini». No tenía ninguna relación con las máquinas reglamentarias que usa la policía francesa, y él debió darse cuenta antes de ese detalle, pero ahora ya poco importaba. El caso era que la moto respondía maravillosamente bien. Entre sus piernas, se había convertido en una especie de caballo salvaje.

Mac Coy vio entonces el brillo del cañón en una de las ventanas.

Se pegó rabiosamente al manillar.

La bala destrozó el tubo de uno de los amortiguadores, mientras Mac Coy saltaba hacia los aires como un muñeco roto. Como un muñeco cuyos pies ya le empezaban a salir por encima de la cabeza...

★ ★ ★

Pero cuando dio aquella especie de salto mortal lo hizo con su moto, pues había alzado la rueda delantera con todas las fuerzas para aquella fantástica pirueta. En el momento en que la máquina fue alcanzada por el plomo, la «Morini» y él ya estaban volando. Llegó hasta la techumbre de las viejas cuadras, a la altura de un piso. Bastantes tejas se rompieron con un estrépito seco.

Una vez allí, la moto resbaló, no sin que antes tomara Mac Coy la pistola que había en una de sus bolsas. Era una «Maüser» alemana del calibre 9 en perfectas condiciones. Una «Parabellum» capaz de hacer

cambiar la boca de sitio a un elegante macho. Tenía el cargador completo.

Mac Coy se pegó a uno de los gruesos muros de la vieja casa solariega. No se oía nada más que los disparos espaciados que alguien hacía desde una de las ventanas, aunque ya no debía saber adónde. El tirador, fuera quien fuese, estaba perdiendo los nervios y eso le costaría caro.

El joven se deslizó por un hueco del tejado.

Todos sus músculos vibraban de ansiedad.

Había llegado el momento decisivo.

Los disparos espaciados le servían de guía, puesto que así sabía dónde estaba el estúpido de su enemigo. Este debía haberse dado cuenta ya de que así no alcanzaría a nadie, pero al parecer era lo bastante idiota para no pensar en eso. Seguía disparando contra la curva de la carretera.

Mac Coy empujó una desvencijada puerta.

Ya lo tenía allí.

Sus dientes rechinaron.

Tendió la mano con un gesto de asesino, mientras gritaba:

—¡Revienta!

Estaba dispuesto a tirar aunque fuera por la espalda. Ya no podía más. Un ansia salvaje de destrucción se había apoderado de él. Quería acabar... Acabar... ¡ACABAR!

Vio la figura de su enemigo.

Llevaba un rifle y estaba en una de las ventanas de la vieja casa. En efecto, disparaba contra un ángulo de la carretera, donde probablemente no había nadie. Los nervios le habían vencido.

Mac Coy apuntó al centro de la cabeza.

Fue a apretar el gatillo.

Y de pronto, todo su cuerpo se estremeció.

Porque su *enemigo* se había vuelto.

Porque ahora podía verle la cara.

El sol daba de lleno en ella...

Mac Coy fue a lanzar un grito.

Ni eso pudo.

Dijo con voz casi inaudible:

—Alice...

CAPÍTULO XVI

En efecto, era Alice la que estaba allí. Era ella, la *sepultada* en un viejo cementerio de Londres. Era la hermana de Elaine Normand. La última persona del mundo a la que esperaba encontrar en aquel sitio.

Mac Coy quedó paralizado; sin fuerzas.

Ni se acordó de que en la derecha tenía una «Maüser».

El arma casi resbaló de entre sus dedos que, repentinamente, habían quedado rígidos.

—¡Alice...! —barbotó de nuevo.

Pero aún le faltaba lo más sorprendente, lo que tampoco pudo imaginar ni desde el fondo de una pesadilla.

Fue la seca y conocida voz de Albert, su mejor amigo, la que preguntó a su espalda:

—¿Pero tan tonto eres, como para pensar que Alice disparaba solo para hacer ruido? ¿No has comprendido que lo que quería era darte una pista para hacerte llegar hasta aquí... para que cayeras en esta trampa?

★ ★ ★

Mac Coy supo que iba a morir, pero no le importó. Curiosamente, eso fue lo de menos. Su sangre parecía haberse helado y sus músculos no respondían. Sin soltar la «Maüser», pero con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, balbució:

—¿De modo que lo del hijo fue... fue una falsedad?

—No... Eso era verdad —dijo Albert, cínicamente—. Pero dos personas que son amantes durante bastantes años, pueden tener un descuido.

—¿Ella... abortó?

—Si. En Inglaterra.

—Pero no le ocurrió nada... —susurró Mac Coy.

—¿Qué le había de ocurrir? Todo marchó perfectamente y otra vez nos vimos libres de ataduras, como cuando empezaron nuestras relaciones. Pero a Alice le interesaba *desaparecer* para poder poner en práctica nuestro plan más ambicioso: una venta de mil millones de dólares que nos dejaría a nosotros el veinticinco por ciento. Lo teníamos todo planeado. Un cadáver que no era el suyo fue enterrado con los documentos de Alice. A partir de ese momento, Alice ya no existía ni para sus familiares más íntimos. Tenía plena libertad de acción.

—¿Libertad de acción para qué?

—Para organizar conmigo la Operación Sur.

—¿Y qué es la Operación Sur? ¿La salvajada de Orly? ¿Las matanzas que han tenido lugar en París estos últimos días?

—Hombre... Yo no diría que lo de Orly ha sido una *salvajada*, sino una operación. Pero, en efecto, se trata de lo que tú dices.

—¿Con qué objeto?

—Lograr que Francia no venda armas a los israelíes.

—Eso ya lo sé; me lo han explicado en el aeropuerto. ¿Pero qué ganáis con eso?

—El mayor contrato de venta de armas que unos particulares han logrado en toda la historia del comercio —dijo Albert, mientras una estrecha sonrisa asomaba a sus labios—. Solo eso... ¿Te parece poco? Hoy el mercado de armas es el más importante del mundo: casi tan importante como el del petróleo. Alice y yo, valiéndonos de mis influencias oficiales, representamos a un *trust* de fabricantes que han ofrecido a Israel mil millones en material bélico de primera calidad. ¿Comisión que nos reservamos Alice y yo? Te lo he dicho: veinticinco por ciento, o sea doscientos cincuenta millones... Israel no ha querido tratar con nosotros, pero ahora lo hará. Debe hacerlo, porque no le queda otro remedio. La última puerta, la de Francia, se le ha cerrado.

Mac Coy estaba aterrorizado.

Las palabras del que fue su mejor amigo le habían hecho entenderlo todo; lo habían llevado hasta el fondo de aquel horror.

Y mientras tanto, los palestinos, ¿qué? ¿Hasta cuándo serían víctimas de manejos inconfesables? ¿Hasta cuándo su ciego instinto, anclado aún en las profundidades de la Edad Media, les impediría darse cuenta de que no eran más que un instrumento?

Pero no era eso lo que importaba a Mac Coy.

A él le importaban los dos seres que tenía delante. Los dos únicos en el mundo... ¡contra los que no tendría fuerzas para luchar nunca!

Fue Albert quien susurró:

—Lo lamento, Mac Coy, pero va has llegado demasiado lejos. En otro tiempo te utilicé como instrumento a ti, para que el viaje a Inglaterra de Alice y su posterior desaparición resultaran verosímiles para todo el mundo. Hoy empleo como instrumentos a centenares de miles de hombres lanzados por todo el mundo a una ciega batalla de exterminio. No puedo frenar por la simple presencia de un viejo amigo. Me juego demasiado en eso. De modo que... reza.

Y le apuntó con su metralleta.

Mac Coy no intentó defenderse. Le parecía faltar sangre en las venas. Su pensamiento, extrañamente, voló hacia Elaine Normand.

Al día siguiente, como máximo, encontrarían su cadáver. ¿Qué pensaría ella? ¿Creería que también era un cómplice de la Operación Sur? ¿O que había muerto estúpidamente, sin conseguir nada?

—También han sido estúpidos aquellos tipos al cogerte como rehén precisamente a ti. Lo he oído todo por la emisión especial de Radio Europa Número Uno y he podido captar hasta los menores detalles, de modo que estaba prevenido. *Ellos* han tenido mala suerte antes, pero tú... tú la vas a tener ¡ahora! —añadió Albert.

La ráfaga de ametralladora lo deshizo, lo partió por la mitad, envió pedazos de su cuerpo hasta el otro lado de aquella habitación enorme. Fue uno de los espectáculos más alucinantes, más duros, más implacables, que Mac Coy había visto nunca. Pero lo que más le impresionó fue el grito lacerante de Alice. Aquel grito de la muchacha que era también alcanzada por las balas, materialmente devorada por ellas.

Los dos palestinos que acababan de disparar desde la puerta, dos tipos morenos y vestidos con auténticos uniformes de comando, avanzaron a través del humo asfixiante de la pólvora. Mac Coy soltó del todo su «Maüser». Estaba tan asombrado que no sabía qué pensar.

Uno de ellos, gritó:

—¿Has oído, Larkin? ¡Ese buitres quería vender armas a Israel! ¡Nos había estado engañando! ¡Ese hijo de la gran perra creía que ya no estábamos en la casa! ¡Que habíamos ido a Orly para proteger a los otros!

Mac Coy tragó saliva. O al menos lo intentó.

Pero los músculos de su garganta no le obedecían ni para eso.

Los dos asesinos le miraban fijamente. Uno de ellos gruñó:

—Oye, ¿quién es ese?

—No lo sé —masculló el otro.

—Un enemigo de Albert, seguro.

—Bueno, pero eso no nos importa.

—Lo importante es que tenemos que salir de aquí y llegar a Marsella como sea. En Marsella se perderá nuestra pista.

—Y para eso necesitamos un rehén.

Los pies de Mac Coy casi dieron un brinco.

Le pareció que eran ya dos voces del otro mundo las que decían:

—Claro... Un rehén.

—Este nos va a servir.

—Tiene cara de inofensivo.

Le hicieron señas con sus metralletas, mientras decían:

—Ven...

Mac Coy avanzó.

No hizo ninguna resistencia.

Como rehén, resultaba perfecto.

Pensó que era una lástima que esta vez no pudiera usar el truco de la silla de ruedas, pero ya inventaría otro. Pensó también que no tardaría ni dos horas en encontrarse con Elaine Normand, llevando un

par de muertos más en su cuenta. Buena chica aquella Elaine Normand. Sí, señor. Buena chica. Y buen chico él, sí, señor. Lo que se dice un buen chico.

Se dejó conducir hacia fuera con las manos en alto.

—¡Pero qué rehén más estupendo! —dijo Larkin, mientras le empujaba con el cañón—. ¡No nos va a crear ningún problema, muchacho! ¡Ni siquiera protesta...!

FIN

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE**

M. L. ESTEFANIA

el famoso autor del género
Oeste, que en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

en sus colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Notas

[←1]

En realidad esta cuestión ha sido siempre capital en las relaciones franco-israelíes. Por una serie de razones de tipo económico, entre las que sobresale la necesidad de contar con envíos regulares de petróleo, Francia se ha negado últimamente a vender armas a Israel, mientras que sirve aviones ultramodernos y los más perfeccionados medios de combate a los países árabes. Israel, que se había provisto abundantemente de «Mirage» antes de la Guerra de los Seis Días, tiene ahora que hacer sus compras casi exclusivamente en Estados Unidos. (N. del E.).